ISADORA Y AURELIA
SALVADOR RANGEL ABUD

ISADORA Y AURELIA

Salvador Rangel Abud

SINOPSIS

El verano de 1815 llegó a Milán con una intensidad que los más viejos de la ciudad recordarían durante años. En la mansión de la familia Trivulzio, bajo el nuevo orden del Reino Lombardo-Véneto, nacen dos gemelas univitelinas: Isadora y Aurelia. Idénticas en el rostro, cabello castaño, tez blanca y ojos verdes de una profundidad difícil de precisar. Pero profundamente distintas en el carácter.

Isadora posee un temperamento inquieto, una audacia contenida que roza lo impropio sin quebrarlo del todo. Aurelia se inclina hacia la dulzura y la observación silenciosa, con una firmeza más interior que visible. Nadie, excepto sus padres y su nana Donatella, logra distinguirlas sin recurrir al camafeo que cada una lleva con su nombre grabado en el reverso.

Cuando el Marchese Alessandro Belgioioso hace su aparición en una cacería de las afueras de Milán, algo se desencadena en las dos hermanas. Una decisión del corazón que las enfrenta sin que ninguna se lo diga a la otra. Y en ese enfrentamiento silencioso, Isadora toma una resolución que arrastrará consigo consecuencias que nadie en Milán podría haber anticipado.

Isadora y Aurelia es una novela histórica ambientada en el norte de Italia bajo dominio austriaco, construida sobre los ejes del engaño de identidad, la pasión desbordada, el crimen perfecto y la justicia que llega tarde pero llega. Una historia sobre lo que une a dos personas idénticas y sobre lo que las separa para siempre.

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Esta novela contiene crímenes premeditados narrados con precisión y sin sensacionalismo, una identidad usurpada durante años ante toda una sociedad, el retrato de una mente capaz de actuar sin remordimiento visible, y una justicia poética que no llega sin costo. No es una historia de amor, aunque el amor sea su detonador. Es una historia de lo que las pasiones pueden construir y de lo que son capaces de destruir.

SOBRE EL AUTOR

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración de hospitales y doctorando en ciencias, además de escritor aficionado. Su obra narrativa abarca géneros que van del thriller histórico a la novela de ideas, siempre con rigor documental y

una vocación por los personajes complejos que no se dejan reducir a categorías simples.

DETALLES DE PUBLICACIÓN

Título: Isadora y Aurelia

Autor: Salvador Rangel Abud

Género: Novela histórica / Thriller psicológico / Drama romántico

Estructura: Prólogo + 15 capítulos + Epílogo

Ambientación: Milán, Reino Lombardo-Véneto, 1815-1837

Idioma: Español

Año de publicación: 2026

Plataforma: Internet Archive — Acceso abierto

Contacto: wrangel.1352@gmail.com

NOTA DEL AUTOR

Esta novela nació de una pregunta sobre la identidad: ¿qué hace que una persona sea quien es, si no es el rostro que lleva? Isadora y Aurelia comparten cada rasgo físico, cada inflexión de la voz, cada particularidad que el mundo usa para reconocer a alguien. Y sin embargo son dos personas completamente distintas, y esa distinción, invisible para casi todos, termina siendo la única diferencia que importa. La historia que emerge de esa pregunta no es tranquilizadora. Pero es verdadera en el sentido en que son verdaderas las historias que nos obligan a mirar sin apartar los ojos.

LICENCIA

Esta obra se publica bajo la licencia Creative Commons:

Salvador Rangel Abud © Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

Usted es libre de compartir y distribuir esta obra en cualquier medio o formato, siempre que se otorgue crédito apropiado al autor, no se utilice con fines comerciales y no se generen obras derivadas sin autorización expresa. Más información: creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0

PALABRAS CLAVE

identidad · gemelas · Milán · novela histórica · siglo XIX · Reino Lombardo-Véneto · engaño · crimen · amor · thriller psicológico · novela en español · Italia · pasión · justicia

---

TEMAS PRINCIPALES

Isadora y Aurelia no es una novela sobre el crimen sino sobre lo que lo hace posible: la certeza de quien cree que puede controlar el mundo mejor que el mundo mismo. A lo largo de sus quince capítulos, la novela explora la identidad como construcción frágil que depende de lo que los demás deciden ver, el amor como detonador de decisiones que la razón sola nunca habría tomado, la sociedad aristocrática del norte de Italia bajo dominio austriaco como escenario donde las apariencias tienen fuerza de ley, y la justicia como algo que llega siempre, aunque no siempre de la manera que uno esperaría.

CITAS DESTACADAS

"Eran idénticas. Perfectamente, desconcertantemente idénticas. Y eso, de momento, no era más que una curiosidad encantadora."

"Hay una diferencia entre las personas que brillan porque hacen ruido y las que brillan porque tienen luz propia. El ruido se olvida en cuanto termina. La luz propia, cuando alguien la ve de verdad, ya no la olvida."

"Desde ese día, en Milán, solo quedó una de las gemelas Trivulzio. Todos creyeron saber cuál."

"En el camafeo que quedó sobre la repisa, nadie volvió a leer el nombre grabado en el reverso. Ya no importaba."

COMPARACIONES LITERARIAS

Los lectores familiarizados con las siguientes obras encontrarán en *Isadora y Aurelia* un territorio narrativo cercano, con el anclaje histórico italiano y la densidad psicológica que le son propios.

Arturo Pérez-Reverte (*La Reina del Sur*, *El Club Dumas*): la construcción de personajes que actúan desde una lógica propia e inflexible, narrados sin juicio moral explícito pero con consecuencias que hablan por sí solas.

Alexandre Dumas (*El Conde de Montecristo*): la paciencia del plan largo, la identidad usurpada como instrumento, y la justicia que llega cuando ya nadie la esperaba.

Stendhal (*Rojo y Negro*, *La Cartuja de Parma*): la sociedad aristocrática italiana del siglo XIX como escenario donde la ambición y la pasión colisionan con el orden establecido de maneras que nadie puede contener del todo.

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

Isadora actúa siempre desde una lógica interna que la novela nunca invalida del todo. ¿Es posible entender sus decisiones sin justificarlas? ¿Dónde está la línea entre entender y absolver?

El sistema de los camafeos era la única manera que Milán tenía de distinguir a las gemelas. ¿Qué dice eso sobre la fragilidad de la identidad cuando depende de señales externas y no de algo inherente a la persona?

Alessandro ama a quien cree que es Aurelia durante más de dos años. ¿Ese amor fue real? ¿Puede serlo si estaba basado en un engaño que él no podía detectar?

Donatella guarda el secreto de la cicatriz durante años y luego decide actuar. ¿Qué fue lo que finalmente la hizo hablar, y tenía razón en haber callado tanto tiempo?

El epílogo muestra a Alessandro guardando el camafeo en el bolsillo. ¿Qué significa ese gesto? ¿Qué está eligiendo sostener y por qué?

CÓMO CITAR ESTA OBRA

APA: Rangel Abud, S. (2026). *Isadora y Aurelia*. Internet Archive. https://archive.org

MLA: Rangel Abud, Salvador. *Isadora y Aurelia*. Internet Archive, 2026.

Chicago: Rangel Abud, Salvador. *Isadora y Aurelia*. Internet Archive, 2026.

OTRAS OBRAS

Salvador Rangel Abud es autor de más de cien novelas publicadas. Su obra abarca el thriller histórico, la novela de ideas, la ficción especulativa, la comedia negra, el drama psicológico, la sátira política, la crónica costumbrista y la novela genealógica e histórica. Todas sus obras de acceso abierto se encuentran disponibles en Internet Archive bajo licencia CC BY-NC-ND 4.0. Para solicitudes de reseña, colaboración editorial o derechos de traducción, contactar directamente al autor por correo electrónico.

MENSAJE FINAL

Hay historias que no terminan cuando se cierra el libro. *Isadora y Aurelia* es una de ellas, porque la pregunta que la habita —¿qué hace que una persona sea quien es?— no tiene una respuesta que quepa en estas páginas ni en ninguna otra. Lo que sí cabe es el retrato de dos mujeres que respondieron esa pregunta de maneras completamente distintas, y las consecuencias que esas respuestas tuvieron para todos los que estuvieron cerca. El lector decidirá qué hacer con lo que encontró aquí. Eso también es parte de la historia.

ÍNDICE

PRÓLOGO: *El camafeo*
CAPÍTULO 1: *Dos rostros, una sombra*
CAPÍTULO 2: *Lo que el espejo no puede separar*
CAPÍTULO 3: *La edad de los espejos*
CAPÍTULO 4: *El hombre que llegó sin anunciarse*
CAPÍTULO 5: *El Palazzo Belgioioso*
CAPÍTULO 6: *La que se hace encontradiza*
CAPÍTULO 7: *La elección del corazón*
CAPÍTULO 8: *Lo que se fragua en la oscuridad*
CAPÍTULO 9: *Vino generoso en la biblioteca*
CAPÍTULO 10: *La capilla*

CAPÍTULO 11: *La marquesa*
CAPÍTULO 12: *La nana que regresa*
CAPÍTULO 13: *El secreto de los viejos*
CAPÍTULO 14: *La trampa y la verdad*
CAPÍTULO 15: *Lo que cae no vuelve*
EPÍLOGO: *Milán, un año después*

ISADORA Y AURELIA
Salvador Rangel Abud

PRÓLOGO

El camafeo

Palazzo Belgioioso, Milán, invierno de 1836

Los candelabros del Palazzo Belgioioso ardían con la puntualidad de siempre, y la luz que derramaban sobre los mármoles blancos era la misma de todas las noches de gala: dorada, generosa, capaz de volver hermoso incluso lo que no lo era. Afuera, Milán se preparaba para recibirla con la deferencia que se reserva a las grandes ocasiones: los carruajes aguardaban en fila a lo largo del canal, los cocheros soplaban en sus guantes ennegrecidos, y en los salones de media ciudad los espejos devolvían a sus dueños el reflejo que querían ver.

Era una de esas noches de invierno en que la ciudad entera parecía haber conspirado para ser bella, como si el frío que endurecía los adoquines y plateaba los tejados fuera apenas el precio razonable de tanta elegancia.

Milán sabía hacer eso mejor que ninguna otra ciudad del Reino Lombardo-Véneto: envolver en seda y música y luz de vela la realidad

más prosaica, que no era otra que la de una nobleza italiana que bailaba en salones que en el fondo no le pertenecían del todo.

Hacía más de veinte años que los uniformes austriacos circulaban con naturalidad por las mismas calles que las familias patricias de Lombardía consideraban suyas desde hacía siglos, y sin embargo la aristocracia milanesa había encontrado la manera de seguir siendo protagonista en su propio escenario, aunque los guionistas fueran otros.

Lo hacía como siempre lo había hecho: con fiestas, con alianzas matrimoniales, con la ostentación medida de quien sabe que el verdadero poder no se grita sino que se exhibe en el corte de un vestido, en el apellido grabado en una tarjeta de visita, en la capacidad de reunir en un mismo salón a las personas que importan.

Y en esa particular noche de invierno de 1836, las personas que importaban estaban llegando al Palazzo Belgioioso.

En el vestidor de la planta alta, la Marchesa terminaba de arreglarse con la ayuda de su doncella, una muchacha de Bérgamo, silenciosa y eficiente, que llevaba años en el servicio del Palazzo y había aprendido que su señora no requería conversación mientras se preparaba para recibir visitas, sino concentración y manos hábiles.

Esa noche la Marchesa llevaba un vestido de terciopelo azul oscuro, de los que encargaba a la modista francesa que trabajaba en el Corso, con un escote que era exactamente tan atrevido como lo permitía el buen gusto, ni un centímetro más. Los pendientes eran de zafiro, herencia de una familia que había sabido acumular cosas hermosas, y el cabello castaño recogido con la precisión que exigía la ocasión le dejaba al descubierto la nuca y los hombros con esa geometría que solo logran las mujeres que saben que son bellas sin necesitar que nadie se los recuerde.

Tenía los ojos verdes. Una profundidad en ellos que en cierta luz evocaba algo difícil de precisar, algo que no terminaba de pertenecer del todo al norte de Italia ni al siglo que corría. En su juventud, esos ojos habían sido objeto de sonetos mediocres y suspiros sinceros en cantidades aproximadamente iguales.

Ahora, a la edad en que una mujer de su posición empieza a ser respetada además de admirada, seguían siendo lo primero que cualquiera notaba al encontrarse con ella por primera vez, y lo último que olvidaba.

La doncella terminó de ajustarle los guantes blancos, largos, y dio un paso atrás para contemplar el resultado con la satisfacción callada que le correspondía. La Marchesa se miró en el espejo un instante, apenas el necesario, con esa atención rápida y precisa de quien no busca halagar su propio reflejo sino verificar que todo está en orden, como un general que revista sus tropas antes de la batalla.

Asintió con una levedad que era ya una forma de despido. La muchacha recogió los alfileres dispersos sobre el tocador y salió en silencio, cerrando la puerta con el cuidado de quien sabe que el silencio también es una forma de servicio.

Sola, la Marchesa permaneció un momento frente al espejo. Era un espejo de marco dorado, alto como una puerta, que había pertenecido a la familia Belgioioso desde tiempos en que Milán era otra ciudad y sus dueños otros hombres. En él se habían contemplado varias generaciones de mujeres con nombres ilustres, y ahora la devolvía a ella su propio rostro con la imparcialidad que solo los espejos y los muertos son capaces de sostener.

Tomó de la repisa un pequeño camafeo con la imagen de la Virgen María grabada en marfil sobre fondo de ónix negro. Lo sostuvo un momento en la palma, con el gesto distraído de quien repasa algo tan familiar que ya no requiere atención consciente, y lo guardó entre los pliegues del vestido, cerca del corazón, como había hecho cada día desde que era una muchacha en casa de su padre.

Luego se dirigió hacia la puerta.

Desde abajo llegaban los primeros sonidos de la velada que comenzaba: el murmullo creciente de las voces, el roce festivo de los vestidos sobre las escaleras de mármol, el acorde de los músicos que terminaban de afinar sus instrumentos en el salón principal.

Milán entera, o cuando menos la parte de Milán que contaba, estaba llegando al Palazzo Belgioioso, y cada uno de esos invitados traía consigo sus alianzas, sus ambiciones, sus cortesías calculadas y sus enemistades bien administradas, todo envuelto en la misma sonrisa que la ciudad había perfeccionado durante siglos de práctica.

Al pie de la gran escalera de mármol, el Marchese Alessandro Belgioioso esperaba a su esposa con la puntualidad que era en él una forma de respeto. Era un hombre que rozaba los cincuenta años con la dignidad de quien ha llegado a esa edad sin perder por el camino ni la fortuna ni el nombre ni la compostura.

Alto, de presencia sobria y modales precisos, tenía en el rostro esa serenidad que no es indiferencia sino todo lo contrario: la de un hombre que ha aprendido a valorar lo que tiene porque sabe, con la certeza que solo da el tiempo, cuánto cuesta conservarlo.

Al verla bajar la escalera, compuso en el rostro una sonrisa que no tenía en ella ningún doblez. La amaba. Lo hacía con esa tranquilidad segura y un poco grave de quien cree conocer bien lo que ama, y esa creencia le bastaba para ser feliz de una manera discreta y sólida, sin aspavientos ni dudas.

Había en él algo que las mujeres de los salones milaneses solían describir, con una mezcla de admiración y leve frustración, como una

lealtad sin fisuras. Era, en el fondo, la clase de hombre que se entrega una sola vez y del todo, y que no concibe otra manera de hacerlo.

Le ofreció el brazo con una inclinación breve, casi íntima.

Ella lo tomó.

Y juntos entraron al salón donde Milán los esperaba, entre el resplandor de los candelabros y el primer compás de la música, mientras afuera la nieve comenzaba a caer sobre los tejados de la ciudad con esa silenciosa determinación del invierno lombardo, que nunca pide permiso para instalarse y nunca se disculpa por quedarse más de lo previsto.

CAPÍTULO 1

Dos rostros, una sombra

Mansión Trivulzio, Milán, verano de 1815

El verano de 1815 llegó a Milán con una intensidad que los más viejos de la ciudad recordarían durante años como algo fuera de lo ordinario. No era solo el calor, que apretaba desde el amanecer y no aflojaba hasta bien entrada la noche, sino una especie de tensión en el aire, como si la ciudad entera contuviera el aliento a la espera de algo que no sabía nombrar.

Europa acababa de sacudirse de encima veinte años de guerras napoleónicas, y aunque la paz que había llegado con el Congreso de Viena traía consigo el orden que muchos reclamaban, también traía una reorganización del mundo que no a todos convenía por igual.

El Reino Lombardo-Véneto, recién constituido bajo la Corona de los Habsburgo, era ya una realidad política que la aristocracia milanesa había aprendido a aceptar con esa elegancia pragmática que caracteriza a quienes saben que la supervivencia del nombre y la fortuna depende, en última instancia, de la capacidad de adaptarse sin perder la compostura.

No era una aceptación sin amargura. En los cafés del Corso y en los palcos de La Scala, donde la sociedad milanesa se reunía para hacer lo que mejor sabía hacer, que era hablar de todo sin comprometerse con nada, circulaban con discreción los comentarios sobre los uniformes blancos de los oficiales austriacos que patrullaban las plazas, sobre los decretos que llegaban de Viena redactados en un alemán que nadie se molestaba en traducir al italiano, sobre la sensación difusa pero persistente de que Milán seguía siendo Milán pero ya no era del todo suya.

Sin embargo, la vida continuaba con esa terquedad que es propia de las ciudades grandes: los mercados abrían, los canales transportaban sus mercancías, las familias con nombre y fortuna seguían celebrando sus compromisos y sus bautizos y sus bodas con la misma ostentación de

siempre, porque la ostentación, bien entendida, es también una forma de resistencia.

En ese Milán de verano caliente y política recompuesta, en la mansión que la familia Trivulzio ocupaba desde hacía varias generaciones en uno de los barrios más respetables de la ciudad, una mujer llevaba horas luchando con la única batalla que ningún tratado de paz puede resolver ni ningún congreso de naciones anticipar: la de traer una vida nueva al mundo. O en este caso, dos.

La Nobile Signora Maria Beatrice Litta de Trivulzio era una mujer de veintisiete años, delgada y de constitución más apta para los salones que para los paritorios, que sin embargo enfrentaba el trance con una determinación silenciosa que admiró por igual a la comadrona Filippa Donosso y a su asistente Fabrizia Mercati, ambas formadas en el Ospedale Maggiore di Milano y acostumbradas a ver de todo en las alcobas de las familias nobles de la ciudad.

Lo que no estaban acostumbradas, o cuando menos no con la frecuencia que habrían deseado, era a asistir un parto doble. Y ese, desde las primeras horas de la mañana, había mostrado señales inequívocas de serlo: el volumen del vientre, la manera en que los movimientos se distribuían, ciertos indicios que la experiencia de Filippa Donosso sabía leer con la misma naturalidad con que un piloto de barcaza lee las corrientes del canal.

Hacia el mediodía, Filippa se acercó a la cabecera de la cama y tomó la mano de Maria Beatrice con la firmeza profesional de quien necesita que su paciente entienda algo importante y esté en condiciones de escucharlo.

—Signora —dijo, en voz baja pero clara—, debo decirle algo que quiero que reciba con calma. Son dos. Dos criaturas, y las dos vienen bien. Usted tiene la fortaleza para esto, lo he visto desde esta mañana. Pero necesito que confíe en mí y que haga exactamente lo que le indique, sin resistirse y sin adelantarse. ¿Me entiende?

Maria Beatrice abrió los ojos y la miró. Tenía el cabello pegado a las sienes por el esfuerzo y en el rostro esa expresión de concentración absoluta que no deja espacio para el miedo porque está demasiado ocupada con lo que hay que hacer.

—La entiendo —respondió—. Dos. —Hizo una pausa breve, como si necesitara que la palabra terminara de asentarse—. Bien. Dígame qué tengo que hacer.

Fabrizia Mercati, que escuchaba desde el otro lado de la cama, cambió una mirada rápida con su maestra. Esa clase de respuesta, sin llanto ni exclamaciones ni el desmayo que algunas señoras consideraban apropiado en circunstancias difíciles, era más rara de lo que debería haber sido.

Don Carlo Trivulzio recibió la misma noticia poco después en su biblioteca, donde había pasado la mayor parte del día revisando correspondencia comercial. Era un hombre de cuarenta y dos años, de complexión sólida y mirada acostumbrada a ir directo al asunto, que gobernaba su vida con el mismo método riguroso con que gobernaba sus negocios: evaluando primero, decidiendo después, y no volviendo atrás una vez tomada la decisión.

Su fortuna descansaba sobre el comercio de seda lombarda y una red discreta de préstamos y avales que le daba influencia en círculos donde el apellido solo no alcanzaba. En público era un caballero de modales contenidos. En privado, un calculador meticuloso que muy pocas veces se sorprendía de nada.

Cuando Battista, el mayordomo, entró a la biblioteca con la noticia, Don Carlo dejó la pluma sobre el escritorio con una lentitud deliberada y esperó a que el hombre terminara de hablar antes de responder.

—¿Dos? —dijo, con el mismo tono con que habría dicho cualquier otra cosa.

—Eso dice la comadrona, Don Carlo. Dos criaturas, y las dos en buen camino, según informa.

Don Carlo se recostó en el respaldo del sillón y permaneció en silencio varios segundos, con los dedos entrelazados sobre el escritorio y la mirada fija en algún punto de la pared que estaba más allá de los libros y los mapas colgados en ella. Battista, que llevaba doce años en la casa y conocía ese silencio tan bien como conocía el sonido de los pasos de su señor en el corredor, esperó sin moverse.

—¿Ha mandado aviso a la familia Litta? —preguntó Don Carlo finalmente.

—Todavía no, señor. Esperaba su instrucción.

—Mande aviso cuando haya algo definitivo que comunicar. No antes. —Hizo una pausa—. Y diga que traigan vino al salón para esta tarde. El generoso, no el de todos los días. Sea lo que sea lo que llegue, habrá que recibirlo como corresponde.

Battista asintió y se retiró. Don Carlo volvió a mirar la pared un momento más, luego tomó la pluma y continuó donde lo había dejado, aunque cualquier observador atento habría notado que la letra que salió después de esa pausa era ligeramente más apretada que la de antes, como si la mano estuviera procesando algo que la mente ya había decidido no dramatizar.

Dos hijas. No un hijo, que era lo que la lógica del apellido y la continuidad del patrimonio reclamaba con más urgencia, sino dos hijas. Y gemelas, además, lo que implicaba una dote doble y dos matrimonios estratégicamente resueltos en lugar de uno. Era una complicación desde cierto ángulo. Desde otro, era una oportunidad doble de tejer alianzas en

la sociedad lombarda, y Don Carlo era el tipo de hombre que prefería siempre el segundo ángulo.

Hacia el final de la tarde, cuando ya las criaturas habían llegado al mundo y Maria Beatrice descansaba con una en cada brazo, Don Carlo subió a la alcoba. La encontró agotada pero entera, con ese rostro de rendición y triunfo que solo tienen las mujeres que acaban de hacer algo que ningún hombre podrá nunca hacer en su lugar. Las dos criaturas dormían con la placidez irrazonable de los recién nacidos, ajenas al mundo que acababan de encontrar.

Don Carlo se acercó y las miró con atención. Eran idénticas. No de esa manera aproximada en que se parecen los hermanos, sino idénticas de verdad, con una exactitud casi desconcertante: el mismo cabello castaño claro pegado a las sienes, la misma boca entreabierta, las mismas manos diminutas cerradas sobre nada. Filippa Donosso, que recogía sus instrumentos en un rincón, los observó a los tres en silencio.

—¿Qué opina usted? —preguntó Don Carlo, dirigiéndose a la comadrona sin apartar la vista de las criaturas—. En su experiencia.

Filippa dejó lo que estaba haciendo y se acercó con el respeto que le correspondía pero sin la deferencia excesiva de quien tiene miedo de decir lo que piensa.

—Opino, Don Carlo, que son dos niñas sanas y bien formadas, lo cual es una bendición que no todos reciben. Y le digo también, si me permite la franqueza, que son del mismo saco, o sea gemelas idénticas, lo cual es una condición que he visto pocas veces en mis años de oficio pero que conozco bien. Serán indistinguibles a medida que crezcan. No solo para los extraños, sino para cualquiera que no las conozca con una intimidad muy particular. Es algo que la familia debe tener presente desde ahora, porque más vale anticiparlo que tropezar con ello cuando ya sea tarde para los remedios fáciles.

Don Carlo la escuchó sin interrumpirla, con esa atención que daba a todo lo que le parecía relevante, independientemente de quién lo dijera.

—¿Y usted puede distinguirlas ahora? —preguntó.

—Ahora sí. Hay diferencias mínimas en el peso y en la longitud que con el tiempo desaparecerán. Pero dentro de un año, o de dos, ya no habrá manera que yo sepa cuál es cuál a menos que me lo digan.

—Entiendo. —Don Carlo asintió levemente—. Las distinguiré yo. No se preocupe por eso.

Filippa no dijo nada más. Recogió el resto de sus cosas, hizo una señal a Fabrizia y ambas se retiraron con la eficiencia discreta de su oficio, dejando a la familia Trivulzio sola con sus dos nuevas criaturas y con el silencio tibio de esa tarde de verano que empezaba a declinar sobre los tejados de Milán.

Maria Beatrice esperó a que los pasos de las dos mujeres se alejaran por el corredor antes de hablar. Tenía los ojos entrecerrados por el cansancio pero en ellos había una luz que no era el reflejo de los candelabros.

—¿Cómo las llamaremos? —preguntó, con esa voz de quien habla desde muy adentro de un agotamiento que es también la forma más plena de la satisfacción.

Don Carlo consideró la pregunta con la misma seriedad con que consideraba cualquier decisión que tuviera consecuencias duraderas.

—He pensado en Isadora —dijo—. Para la primera. Tiene carácter. Peso. Un nombre que se sostiene solo. Y Aurelia para la segunda. Es más suave, pero no menos digno. Juntos forman un buen par.

Maria Beatrice los repitió en voz baja, como si los probara.

—Isadora y Aurelia. —Hizo una pausa—. Sí. Son ellas. No podría ser de otra manera.

Don Carlo no respondió a eso, porque no era el tipo de hombre que responde a las afirmaciones que no requieren confirmación ni contradicción. Se limitó a mirar una vez más a las dos criaturas dormidas, con esa mirada suya que iba al asunto, y luego se dirigió hacia la puerta.

—Descansa —dijo, desde el umbral a su esposa—. Mañana habrá que dar los avisos y recibir las visitas. Será un día largo.

Salió. Sus pasos se alejaron por el corredor con la regularidad de siempre.

Maria Beatrice se quedó sola con sus hijas. Las miró durante un largo rato, pasando los ojos de una a la otra con una atención que era ya amor, aunque el amor de las madres no necesita tiempo para instalarse sino que llega de golpe y sin pedir permiso.

—Isadora —murmuró, mirando a la que tenía en el brazo derecho.

Luego miró a la otra.

—Aurelia.

Las dos criaturas seguían dormidas, ajenas a sus nombres, ajenas a Milán, ajenas al mundo entero. Eran idénticas. Perfectamente, desconcertantemente idénticas.

Y eso, de momento, no era más que una curiosidad encantadora.

CAPÍTULO 2

Lo que el espejo no puede separar

Mansión Trivulzio, Milán, 1820-1828

Crecer siendo idéntica a otra persona es una experiencia que no tiene equivalente en el mundo conocido, y que quienes la viven desde adentro describen, cuando se atreven a describirla, de maneras completamente distintas. Hay quienes dicen que es un consuelo, la certeza permanente

de no estar solo en el mundo porque hay alguien que lleva el mismo rostro.

Hay quienes dicen que es una carga, la sospecha constante de que nada en ti es enteramente tuyo porque todo lo compartes sin haberlo elegido. Y hay quienes, sencillamente, no lo piensan, porque han crecido así desde el primer día y no conocen otra manera de existir.

Isadora y Aurelia Trivulzio no lo pensaban. Al menos no todavía.

En los primeros años, la identidad de cada una era una cuestión que los adultos resolvían por ellas con recursos más o menos ingeniosos: un lazo de color diferente en el cabello, una pulsera, una marca de tinta en el talón que duraba hasta el primer baño. La nana Donatella Ferreri, que llegó a la mansión Trivulzio cuando las gemelas tenían tres meses y que desde el primer día tomó posesión de ellas con la autoridad tranquila de quien sabe que ese es su lugar en el mundo, había desarrollado con el tiempo un sistema propio que no requería marcas externas.

Ella las conocía por la manera en que respiraban cuando dormían, por el modo en que giraban la cabeza al escuchar un sonido, por algo en la inclinación del cuello que ningún otro adulto de la casa era capaz de percibir y que ella nunca se molestó en explicar porque habría sido como explicar cómo se reconoce el sabor del agua.

Era una mujer de unos cuarenta años cuando llegó, corpulenta y de voz pausada, nacida en Brescia en el seno de una familia de artesanos que le había dado pocas cosas materiales pero una cantidad considerable de sentido común y de esa capacidad para el afecto práctico que es, en el fondo, la forma más útil del amor.

Nunca tuvo hijos propios. Nunca pareció lamentarlo, o si lo lamentó, lo hizo en un sitio tan interior que nadie tuvo acceso a él. Lo que sí tenía, y en abundancia, era una manera de estar presente que las niñas percibieron desde muy temprano como algo distinto a la presencia de los demás adultos de la casa: más cálida, menos condicional, sin el peso del juicio que acompañaba siempre la mirada de Don Carlo.

Don Carlo las distinguía también, aunque por razones diferentes y con un método que era más una forma de atención sostenida que una habilidad innata. Las observaba con esa mirada suya que iba al asunto, y en la diferencia de sus conductas encontraba la clave que los rasgos físicos le negaban. Una era inquieta, la otra era quieta. Una preguntaba, la otra escuchaba. Una tomaba, la otra esperaba.

Con esas dos coordenadas nunca confundía a sus hijas, aunque nunca se lo dijera a nadie y aunque en público, cuando la confusión de los demás le resultaba conveniente, se guardara muy bien de corregirla.

Maria Beatrice las amaba a las dos con esa generosidad sin cálculo que era en ella la forma más natural de estar en el mundo. Había en Aurelia algo que le recordaba a sí misma: esa tendencia a la dulzura, a la

observación silenciosa, a encontrar en los libros y en la música una compañía que no decepciona. Con Isadora, en cambio, la relación tenía una calidad diferente: más viva, más impredecible, con esa mezcla de admiración y leve perplejidad que producen en los padres tranquilos los hijos que no lo son.

Pero Maria Beatrice no tuvo oportunidad de profundizar en ninguna de esas relaciones, porque cuando las gemelas tenían seis años sufrió una apoplejía fulminante que se la llevó en cuestión de horas, sin tiempo para despedidas ni para los arreglos que una mujer de su posición habría querido dejar en orden. Fue un martes de octubre, con lluvia fina y cielo cerrado, y la mansión Trivulzio quedó de golpe convertida en un lugar donde el silencio tenía un peso diferente al de antes.

Don Carlo organizó el funeral con la misma eficiencia con que organizaba todo lo demás, y si lloró lo hizo en privado y sin testigos, que era la única manera en que un hombre como él concebía el duelo. Las gemelas lloraron juntas, abrazadas en el sillón grande de la sala, con esa intensidad desordenada y total de los niños que todavía no saben que el dolor tiene límites.

Donatella las dejó llorar todo el tiempo que necesitaron, sentada entre las dos con un brazo alrededor de cada una, sin decir nada durante un buen rato, porque había aprendido en sus años de oficio que hay momentos en que las palabras no consuelan sino que interrumpen.

Cuando el llanto empezó a menguar, fue Isadora la primera en hablar, con esa voz ronca que deja el llanto prolongado.

—¿Por qué no avisaron al médico antes? —preguntó, con una franqueza que en una niña de seis años resultaba casi desconcertante—. Si hubiera venido antes, quizás habría podido salvar a la madre.

Donatella la miró un momento antes de responder. Sabía que la pregunta no era una queja sino una búsqueda, la manera en que esa niña en particular procesaba lo que no entendía: buscando una causa, una razón, algo que explicara lo que el mundo acababa de hacer sin pedir permiso.

—El médico vino, Isadora —dijo, con la calma que no esquiva la verdad sino que la entrega con cuidado—. Vino en cuanto lo llamamos. Pero hay cosas que los médicos no pueden detener, aunque lleguen a tiempo y hagan todo lo que saben. Su madre tenía algo dentro de la cabeza que nadie podía ver ni curar. No hubo descuido. No hubo culpa. Simplemente ocurrió, y eso es lo más difícil de aceptar, porque nos deja sin nada a quién echarle la culpa.

Isadora procesó eso con el ceño ligeramente fruncido, como quien no está del todo convencido pero reconoce que el argumento es sólido.

Aurelia, que había escuchado sin hablar, levantó entonces la vista hacia Donatella con esos ojos verdes suyos, tan idénticos a los de su hermana

y sin embargo con una expresión completamente distinta, más hacia adentro, más lenta.

—¿Nos olvidará? —preguntó, en voz muy baja—. Allá donde esté ahora, ¿nos recordará?

Donatella la abrazó un poco más fuerte.

—Las madres no olvidan —dijo—. Eso es lo único de lo que estoy completamente segura en esta vida.

Después del luto, la vida en la mansión Trivulzio continuó con los ajustes que impone la ausencia de una madre: maestros para la música y el francés, una institutriz severa y competente llegada de Turín que se llamaba Signorina Cavalli y que en tres años les enseñó a las gemelas todo lo que una dama de su posición debía saber sobre literatura, historia, bordado y la administración discreta de sus propias opiniones en compañía de hombres. Donatella siguió siendo Donatella, que era decir el centro tibio y constante alrededor del cual giraba el mundo cotidiano de las dos niñas.

Fue en esos años, los de la infancia que avanza hacia la adolescencia con la misma lentitud aparente y la misma velocidad real con que crece un árbol, cuando empezaron a dibujarse con mayor nitidez las diferencias de carácter que Don Carlo había advertido desde la cuna.

Isadora encontraba en el movimiento su forma natural de existir: montaba a caballo con una audacia que ponía nerviosos a los mozos de cuadra, tensaba el arco con una precisión que sorprendía a los maestros varones contratados para esas disciplinas consideradas impropias de señoritas, y tenía una manera de ocupar el espacio a su alrededor que sugería que el mundo era un lugar que le pertenecía y que solo estaba esperando que ella se decidiera a reclamarlo.

Aurelia, en cambio, encontraba su forma natural de existir en la quietud. No era una quietud pasiva ni aburrida, sino la de alguien que observa con una atención que no se desperdicia en lo que no vale la pena. Leía con la voracidad silenciosa de quien descubre en los libros no un pasatiempo sino una necesidad, y se interesaba por los saberes científicos que comenzaban a circular entre los círculos ilustrados de Milán con una curiosidad que Don Carlo alentaba no por amor al conocimiento sino porque consideraba que una hija bien formada intelectualmente era un activo más valioso en el mercado matrimonial.

Con el tiempo, las dos desarrollaron también una conciencia creciente de lo que significaba ser idénticas en el exterior. Los adultos que las rodeaban tendían a dirigirse a ellas como si fueran una sola entidad duplicada, confundiéndolas con una frecuencia que a Isadora le producía una irritación que aprendió a ocultar y a Aurelia una melancolía tranquila que también aprendió a ocultar, aunque por razones distintas.

Fue Don Carlo quien resolvió el problema con su pragmatismo habitual. Un día de primavera, cuando las gemelas tenían ya doce años, las llamó a su biblioteca y les presentó a cada una un camafeo pequeño: la imagen de la Virgen María grabada en marfil sobre fondo de ónix negro, con sus respectivos nombres grabados en el reverso con letras menudas y precisas.

—Esto —dijo, con la economía de palabras que era en él una costumbre tan arraigada que ya no parecía una elección sino un rasgo de carácter—, lo llevarán siempre. No es un adorno. Es una cuestión de orden, y el orden en esta casa es importante. ¿Está claro?

Isadora tomó el suyo y lo examinó por ambas caras con esa atención rápida que tenía para las cosas nuevas.

—¿Y si alguien nos pregunta por qué lo llevamos? —dijo—. ¿Qué les decimos?

—Les dicen la verdad —respondió Don Carlo—. Que son un regalo de su padre y que llevan su nombre. No hay nada en eso que requiera explicación ni disculpa.

—¿Y si lo perdemos? —preguntó Aurelia, con esa otra voz suya, más pausada, que siempre parecía venir de un lugar más reflexivo.

Don Carlo la miró un momento con esa mirada directa que no era severa sino simplemente sin adornos.

—No lo pierdan —dijo, y volvió a su correspondencia con el gesto de quien considera el asunto cerrado.

Los camafeos se convirtieron desde ese día en parte de ellas, tan incorporados a su presencia cotidiana como el color de sus ojos verdes o el cabello castaño que las dos llevaban recogido de maneras apenas distintas. El mundo de la mansión Trivulzio, y el mundo más amplio de Milán que empezaba a asomarles por las ventanas de los carruajes en los paseos dominicales, aprendió a leer el reverso del camafeo cuando necesitaba saber con cuál de las dos estaba tratando.

Era un sistema razonable. Elegante en su sencillez. Y funcionaba, como funcionan casi todos los sistemas bien concebidos, mientras nadie tuviera razones poderosas para subvertirlo.

Lo que nadie en la mansión Trivulzio se detuvo a considerar, porque no había razón para hacerlo, es que un sistema que descansa en un objeto externo tiene siempre una vulnerabilidad que los sistemas basados en algo interno no tienen. Los objetos se mueven. Los objetos pueden cambiar de mano. A diferencia de los rasgos de carácter, que crecen hacia adentro y son imposibles de traspasar, un camafeo puede ser quitado, guardado, entregado. Puede, en determinadas circunstancias que entonces nadie imaginaba, ser intercambiado.

Pero eso, en esa primavera de 1827, no era todavía más que una posibilidad abstracta que a nadie se le había ocurrido considerar. Las

gemelas Trivulzio eran dos niñas de doce años con camafeos al cuello, cabello castaño, ojos verdes y toda la vida por delante, y Milán era una ciudad que brillaba bajo el sol de abril con esa luz particular del norte de Italia que hace que hasta las piedras más viejas parezcan recién puestas.

Y así, entre libros y caballos y domingos frente a la chimenea y la voz constante de Donatella que lo ordenaba todo sin esfuerzo aparente, Isadora y Aurelia Trivulzio fueron creciendo. Distintas por dentro, idénticas por fuera, unidas por una sangre y una infancia que ninguna de las dos habría podido imaginar sin la otra.

Por ahora, eso era suficiente.

CAPÍTULO 3

La edad de los espejos

Milán, 1830-1832

Hay una edad en la vida de las mujeres que el siglo XIX no sabía nombrar con precisión pero que todos reconocían cuando llegaba: ese período breve y vertiginoso en que la infancia termina de retirarse sin hacer ruido y algo nuevo ocupa su lugar, algo que todavía no es del todo la edad adulta pero que ya no admite ser tratado como niñez.

En las familias nobles de Milán esa transición tenía rituales precisos: los primeros vestidos de talle ajustado, las primeras apariciones en las veladas familiares, las primeras conversaciones con maestros de baile y de etiqueta que llegaban a la mansión con sus libros de protocolo bajo el brazo.

El maestro de baile que Don Carlo contrató para las gemelas ese otoño se llamaba Signor Benedetti, era un hombre de unos cincuenta años, delgado y de movimientos precisos, que había pasado la mayor parte de su vida profesional enseñando a señoritas de buena familia a moverse por un salón sin tropezar con su propia dignidad.

Llegó a la mansión Trivulzio un lunes por la mañana con la puntualidad que era en él una forma de respeto, y en la primera hora de clase tuvo oportunidad de comprobar lo que ya le habían advertido: que sus dos alumnas eran físicamente indistinguibles y temperamentalmente opuestas.

Isadora aprendió los pasos con una velocidad que lo dejó sin palabras durante los primeros minutos, y luego encontró las palabras.

—Señorita —le dijo, después de verla ejecutar una figura que él acababa de mostrar una sola vez—, tiene usted un talento natural que es un placer ver. Pero me permite una observación.

—Dígala —respondió Isadora, sin la deferencia que él esperaba y sin la insolencia que habría justificado un reproche. Solo una invitación directa.

—El baile no es solo técnica. Es también la apariencia de esfuerzo. Un caballero que saca a bailar a una dama quiere sentir que él la conduce, aunque en realidad sea ella quien decide a dónde van. Si usted aprende los pasos demasiado rápido y los ejecuta demasiado bien, el caballero se sentirá innecesario. Y un caballero que se siente innecesario no vuelve a pedir el siguiente baile.

Isadora lo miró un momento con esa atención suya que pesaba.

—Está usted diciéndome que aprenda a fingir que no sé lo que sé.

—Estoy diciéndole —respondió Benedetti, con la paciencia de quien ha tenido esta conversación antes— que hay una diferencia entre saber bailar y saber bailar en compañía. La primera habilidad es técnica. La segunda es arte.

Isadora consideró eso un momento y luego asintió con una brevedad que era su manera de conceder un punto sin hacer de ello un acontecimiento.

Aurelia, que había observado el intercambio desde el otro lado de la sala mientras esperaba su turno, aprendió los pasos con más lentitud que su hermana, no porque le costara más sino porque los fue incorporando de otra manera, con esa atención suya que iba hacia adentro de las cosas antes de quedarse en la superficie. Cuando Benedetti la condujo por la figura, notó algo que lo sorprendió.

—Señorita Aurelia —dijo, deteniéndose—, ¿ha bailado antes?

—No formalmente —respondió ella.

—Entonces tiene usted algo que no se enseña —dijo Benedetti, con una admiración que era más genuina que el elogio anterior a su hermana—. Tiene el ritmo en el cuerpo, no en la cabeza. Eso es infrecuente y vale mucho más de lo que parece.

Aurelia le agradeció el comentario con una sonrisa que era sincera sin ser efusiva, y continuó. Pero cuando Benedetti se alejó para atender a Isadora, ella se quedó un momento con la música, terminando mentalmente la figura que él había interrumpido, como si necesitara completar lo que había empezado antes de poder dejarlo.

Don Carlo observaba todo esto desde el umbral de la sala, con los brazos cruzados y esa expresión suya de evaluación permanente que sus hijas conocían tan bien que ya casi no la veían. Esa tarde, cuando Benedetti se despidió y las gemelas subieron a cambiarse, lo llamó a su despacho.

—¿Qué me dice? —preguntó Don Carlo, sin preámbulos.

Benedetti eligió sus palabras con el cuidado de quien sabe que lo que diga será utilizado de maneras que él no controla.

—Son dos jóvenes excepcionales, Don Carlo, cada una a su manera. La mayor —y aquí hizo una pausa para asegurarse de que tenía el nombre correcto— Isadora, aprende con una rapidez que en veinte años de oficio he visto pocas veces. Tiene presencia, tiene gracia natural y tiene la

inteligencia suficiente para usarlas bien. En un salón va a ser imposible de ignorar.

—¿Y Aurelia?

—Aurelia —dijo Benedetti, más despacio— es diferente. No brilla de la misma manera, o no de inmediato. Pero tiene algo que su hermana no tiene en la misma medida: una autenticidad que los hombres con criterio reconocen y que los hombres sin criterio lamentan no haber reconocido cuando ya es demasiado tarde. Si me permite la franqueza, Don Carlo: Isadora conseguirá muchas miradas. Aurelia conseguirá las miradas que valen.

Don Carlo escuchó todo eso sin cambiar de expresión, asintió una vez y despidió a Benedetti con la cortesía precisa que correspondía a la situación. Luego se quedó solo en el despacho un momento, mirando el jardín por la ventana, con esa quietud suya de cuando estaba procesando información que alteraba sus cálculos sin invalidarlos.

Fue también en esos años cuando Milán empezó a notar a las gemelas Trivulzio de una manera nueva. El cabello castaño, la tez blanca con ese leve rubor semejante a la piel del durazno de Damasco, los ojos verdes de una profundidad que en cierta luz evocaba algo difícil de precisar: esos rasgos eran los mismos en las dos. Lo que no era lo mismo era la manera en que se animaban. En Isadora había siempre un movimiento, una tensión contenida. En Aurelia había una calma que no era ausencia sino reserva.

Una tarde de noviembre, mientras Donatella ayudaba a Aurelia a prepararse para una velada en casa de los Visconti, la encontró más callada que de costumbre.

—¿Qué te pasa esta noche? —le preguntó.

Aurelia miró su propio reflejo en el espejo del tocador con una atención que parecía ir más allá de lo que el espejo le mostraba.

—Nada en particular —dijo—. Es solo que ya sé cómo va a ser la noche. Papá nos va a presentar al Conde Ferrero y a su hijo, ellos nos van a mirar a las dos con esa cara que ponen todos, como si fuéramos un acertijo, y luego se van a dirigir a Isadora porque ella siempre sabe qué decir en el momento exacto. Y yo voy a sonreír y a responder cuando me pregunten, y al final nadie va a saber muy bien cómo llamarme sin mirar el camafeo.

—¿Y eso te molesta?

—No me molesta —dijo Aurelia—. Me cansa. Que es diferente. Molestar implicaría que me importa lo que piensan esos hombres, y en realidad no me importa demasiado. Lo que me cansa es pasar por lo mismo cada vez.

Donatella terminó de ajustarle el lazo antes de responder.

—Escúchame bien, porque esto te lo digo con conocimiento de causa y no por consolarte. Hay una diferencia entre las personas que brillan porque hacen ruido y las que brillan porque tienen luz propia. El ruido se oye desde lejos, eso es cierto. Pero también se olvida en cuanto termina. La luz propia tarda más en notarse, porque requiere que alguien se detenga y mire de verdad. Pero cuando ese alguien la ve, ya no la olvida. Esa es la diferencia.

Aurelia la miró a través del espejo.

—¿Y si nadie se detiene?

—Eso no ocurre —dijo Donatella, con una firmeza que no era promesa sino convicción—. Puede tardar. Puede requerir más paciencia de la que uno quisiera. Pero siempre hay alguien que sabe mirar. La cuestión es no desperdiciar el tiempo tratando de convencer a los que no saben, porque ese esfuerzo no tiene recompensa.

En la habitación contigua, Isadora se preparaba para la misma velada con una energía completamente distinta. Cuando su doncella terminó y dio un paso atrás, Isadora se miró en el espejo con la satisfacción rápida de quien confirma lo que ya sabía.

—Está bien —dijo—. Puedes irte.

Y se quedó sola un momento, no con melancolía sino con esa concentración suya de antes de las batallas, repasando mentalmente el terreno: los Visconti, el hijo del Conde Ferrero, los otros invitados. En ese mundo de apariencias, Isadora había aprendido pronto que la ventaja la tenía siempre quien llegaba con más información que los demás.

Bajaron juntas la escalera a la hora convenida. Don Carlo las esperaba al pie y las miró un momento a cada una con esa mirada que nunca necesitaba el reverso de los camafeos.

—Están bien —dijo—. Pero quiero que esta noche sean discretas con el Conde Ferrero. Es un hombre que aprecia la mesura. No hay que deslumbrarlo, hay que interesarlo. ¿Entienden la diferencia?

—Entiendo la diferencia —dijo Isadora de inmediato.

—Yo también —dijo Aurelia, más despacio—. Aunque me pregunto, papá, si el Conde Ferrero tiene la capacidad de apreciar algo más allá de los números de una dote. Por lo que se dice de él en los salones, no parece un hombre que distinga entre ser deslumbrado e interesado.

Don Carlo la miró un momento con esa atención que daba a las cosas que no esperaba.

—Puede que tengas razón —dijo—. Pero esta noche el que importa es el hijo, no el padre.

Salieron los tres a la noche de Milán, que en ese noviembre olía a leña quemada y a niebla del canal. En el carruaje, cada uno ocupó el silencio del trayecto a su manera: Don Carlo con los planes que nunca terminaba

de afinar, Isadora mirando por la ventanilla con esa expresión de quien calcula algo concreto, Aurelia con los ojos entrecerrados y las manos quietas sobre el regazo.

En la velada de los Visconti, el hijo del Conde Ferrero, que se llamaba Giacomo y tenía el aspecto de alguien que ha heredado demasiado muy pronto, se acercó a las gemelas con la seguridad un poco excesiva de quien no está acostumbrado a que las cosas le cuesten trabajo.

Las miró a las dos con esa perplejidad educada que Aurelia había descrito con precisión a Donatella, y optó por dirigirse a Isadora, quizás porque era ella la que estaba más cerca, quizás porque algo en su porte le indicó que esa era la que respondería.

—He oído hablar mucho de las señoritas Trivulzio —dijo, con una sonrisa que pretendía ser encantadora—. Aunque nadie me había advertido que la realidad superaría con tanto margen a la descripción.

—Eso ocurre con frecuencia —respondió Isadora, con una amabilidad que era perfectamente correcta y perfectamente impenetrable—. La descripción depende de quien describe, y los hombres tienden a ser o demasiado entusiastas o demasiado prudentes. Rara vez aciertan en el término medio.

Giacomo Ferrero parpadeó un momento, sin saber exactamente si acababa de recibir un cumplido o una observación crítica.

—¿Y cuál prefiere usted? —preguntó, intentando recuperar el terreno.

—Prefiero la precisión —dijo Isadora—. Que es más difícil de conseguir pero mucho más útil cuando se logra.

Aurelia, que estaba a su lado y había seguido el intercambio con su atención silenciosa, intervino con una suavidad que contrastaba con la precisión de su hermana sin contradecirla.

—Mi hermana tiene razón en que la precisión es valiosa —dijo—. Aunque yo añadiría que a veces lo que no se dice exactamente es también una forma de información. El entusiasmo, aunque impreciso, dice algo verdadero sobre quien lo siente.

Giacomo las miró alternativamente, con la expresión de quien ha entrado en un territorio más complicado de lo que anticipaba.

—Son ustedes muy distintas —dijo finalmente, como si eso fuera una conclusión alcanzada con esfuerzo.

—Todos lo somos —respondió Aurelia, con amabilidad genuina—. Simplemente en nuestro caso es más visible porque el exterior no lo anuncia.

Cuando Giacomo Ferrero se retiró finalmente con una inclinación correcta, Isadora esperó a que estuviera suficientemente lejos para decirle a su hermana en voz muy baja:

—Benedetti tenía razón en algo. Hay hombres que se sienten innecesarios muy rápido.

—Y otros —respondió Aurelia, con la misma discreción— que ni siquiera notan que lo son.

Fue el único momento de la noche en que las dos rieron al mismo tiempo y por la misma razón, con esa risa breve y contenida que solo se permiten entre ellas, en los márgenes de un mundo que las observa demasiado como para poder reírse en el centro de él.

De regreso en el carruaje, Milán pasaba por las ventanillas entre la niebla y las antorchas. Isadora miraba la noche con esa expresión de quien piensa en algo concreto. Aurelia tenía los ojos entrecerrados y las manos quietas. Don Carlo repasaba mentalmente la velada con la metodología de siempre: lo que había funcionado, lo que no, lo que había que ajustar.

Ninguno de los tres hablaba. Y en ese silencio compartido, cada uno a su manera, los tres sabían que las piezas del tablero estaban empezando a moverse, aunque todavía ninguno pudiera ver con claridad hacia dónde.

Faltaba poco más de un año para que todo cambiara.

CAPÍTULO 4

El hombre que llegó sin anunciarse

Las afueras de Milán, otoño de 1832

Las cacerías que organizaban las familias nobles del Reino Lombardo-Véneto en sus propiedades de las afueras de Milán eran, como casi todo en ese mundo, mucho más de lo que parecían. En la superficie eran exactamente lo que su nombre indicaba: una reunión de hombres y algunas mujeres en terrenos abiertos, con perros y caballos y escopetas, persiguiendo presas que en más de una ocasión eran lo de menos.

Por debajo de esa superficie, sin embargo, funcionaban con la precisión de un mecanismo diplomático: era donde los acuerdos comerciales que no podían sellarse en una oficina se sellaban entre disparos y risas, donde las alianzas matrimoniales que todavía no tenían nombre empezaban a tomar forma en conversaciones aparentemente casuales, donde los hombres que en los salones de la ciudad debían guardar ciertas formas se permitían una franqueza que el aire abierto y el vino generoso hacían posible sin que nadie tuviera que responder de ella después.

Don Carlo Trivulzio asistía a esas cacerías con la regularidad de quien entiende que ciertas presencias son en sí mismas un mensaje. Ese otoño de 1832 había decidido llevar consigo a sus hijas, una decisión que no explicó a nadie pero que Isadora, al menos, interpretó correctamente desde el primer momento. La noche anterior, mientras Donatella les preparaba la ropa adecuada para la jornada, Isadora se lo dijo a su

hermana con esa llaneza suya que no esperaba confirmación sino que simplemente enunciaba lo que era.

—Papá nos lleva mañana para que nos vean —dijo, examinando los guantes de montar con la atención de quien verifica un instrumento antes de usarlo—. No para que cacemos. Para que nos vean cazar, que es distinto.

Aurelia levantó la vista del libro que tenía en el regazo.

—¿Y eso te molesta?

—Al contrario —dijo Isadora, con una sonrisa breve—. Prefiero los terrenos abiertos a los salones. Al menos ahí el aire es real.

—El aire en los salones también es real —dijo Aurelia, volviendo al libro—. Solo huele diferente.

Donatella, que escuchaba desde el otro extremo de la habitación sin fingir que no escuchaba, pensó que en ese pequeño intercambio estaban las dos, completas, cada una siendo exactamente lo que era, y que pocas cosas en el mundo le producían una satisfacción tan tranquila como esa.

La mañana de la cacería amaneció con el frío húmedo del campo lombardo en octubre, ese frío que no es todavía invierno pero que ya no concede las condescendencias del otoño templado. Los terrenos pertenecían a la familia Rondanini, que los había heredado de sus abuelos junto con la obligación no escrita de usarlos para este tipo de reuniones al menos dos veces al año.

Había unas cuarenta personas, entre hombres y mujeres, distribuidas en grupos que se formaban y deshacían con la fluidez de quien está acostumbrado a ese tipo de sociabilidad.

Las gemelas montaron juntas durante la primera parte de la jornada, y más de un hombre interrumpió su conversación para seguirlas con la vista, porque la imagen de dos jinetes con el mismo cabello castaño recogido bajo el sombrero y la misma postura en la silla producía un efecto que era difícil de ignorar y más difícil aún de describir con precisión.

Cuando se separaron para seguir trayectos distintos, la confusión habitual se instaló en quienes intentaban identificarlas desde lejos, y Don Carlo, que observaba todo desde su caballo con la discreción de siempre, anotó mentalmente qué hombres hacían el esfuerzo de distinguirlas y qué hombres renunciaban sin intentarlo, porque esa diferencia le decía algo útil sobre cada uno de ellos.

Fue hacia el mediodía, cuando el grupo principal se había reagrupado en torno a las mesas que los criados habían dispuesto bajo los árboles para el refrigerio, cuando ocurrió lo que ninguno de los presentes habría podido describir exactamente después, aunque todos lo recordaran.

No hubo anuncio. No hubo un sirviente que corriera adelante ni una entrada diseñada para llamar la atención. Sencillamente, en un momento

dado, el Marchese Alessandro Belgioioso estaba ahí, desmontando de su caballo con esa economía de movimientos de quien no necesita el gesto para comunicar lo que ya comunica de otra manera.

Era un hombre que bordeaba los cuarenta años, de estatura considerable y presencia que no dependía de la estatura. Tenía el cabello oscuro con algunas canas en las sienes que no hacían sino añadirle algo, y en el rostro esa serenidad de quien ha llegado a una edad en que ya no necesita demostrar nada porque lo que es habla por sí solo.

Los hombres interrumpieron sus conversaciones con una leve inflexión de respeto que no era servilismo sino reconocimiento. Los criados se hicieron a un lado sin necesidad de indicación. Y el anfitrión, el viejo Rondanini, se acercó a recibirlo con la satisfacción visible de quien ha conseguido que llegue el invitado que importa.

—Alessandro —dijo, tomándolo del brazo con la familiaridad de los amigos de muchos años—. Pensé que no vendrías.

—Lo pensé también —respondió el Marchese, con una voz que tenía la misma cualidad que su presencia: sin exceso, sin defecto—. Pero el campo me lo reprochaba desde la ventana esta mañana y decidí hacerle caso.

Rondanini rio con la satisfacción del hombre que recibe una respuesta que confirma lo que ya sabía de su invitado.

—Ven, que hay gente que quiero presentarte.

Fue en ese recorrido de presentaciones donde los ojos del Marchese se posaron por primera vez en las hijas de Don Carlo Trivulzio. No fue la belleza lo que lo detuvo, aunque la belleza estaba ahí con toda su evidencia, sino algo más difícil de nombrar: la extraña duplicidad que ofrecían. Dos rostros absolutamente idénticos que, sin embargo, no transmitían lo mismo. En una percibió movimiento, una energía que buscaba dónde ir. En la otra, una quietud que no era ausencia sino una forma muy particular de estar presente.

Se detuvo un instante, apenas perceptible para los demás, y en ese instante comprendió que estaba ante algo que merecía atención.

Don Carlo hizo las presentaciones con la precisión de siempre.

—Mis hijas —dijo—. Isadora y Aurelia.

El Marchese las saludó a las dos con la inclinación correcta y luego, con una naturalidad que no era descortesía sino honestidad, dijo:

—Disculpen mi franqueza, señoritas, pero debo admitir que voy a necesitar ayuda para distinguirlas. No por falta de atención, sino porque la naturaleza ha sido en su caso particularmente generosa con la simetría.

Isadora respondió antes que su hermana, con esa rapidez suya que no era impaciencia sino reflejos.

—El camafeo, Marchese —dijo, llevando la mano al suyo con un gesto que era al mismo tiempo una respuesta y una pequeña demostración de que el problema tenía solución—. Llevamos el nombre grabado en el reverso. Es el sistema que usa todo Milán.

—Un sistema práctico —dijo el Marchese, con algo en la voz que podía ser aprobación o podía ser diversión—. Aunque me pregunto si no resulta algo incómodo depender de un objeto externo para saber quién es una.

Aurelia, que había escuchado sin intervenir, respondió entonces con esa voz suya más pausada.

—Uno aprende a vivir con las convenciones que el mundo requiere, Marchese —dijo—. La incomodidad, cuando es pequeña y constante, termina por volverse invisible. Como el ruido del canal para quien vive cerca de él.

El Marchese la miró un momento con una atención que era diferente a la que había dado a Isadora, no más intensa sino de otra calidad, como si lo que acababa de escuchar requiriera un tipo distinto de consideración.

—Es una manera muy precisa de describir la adaptación —dijo—. ¿Lee usted filosofía, señorita Aurelia?

—Leo lo que encuentro —respondió Aurelia—. La filosofía entre otras cosas. Aunque en nuestra casa, la biblioteca de mi padre está más orientada hacia los libros de comercio que hacia los de ideas.

—Los libros de comercio también son libros de ideas —dijo el Marchese—. Solo que las ideas que contienen son más caras de ignorar.

Don Carlo, que había seguido el intercambio con esa atención suya de evaluación permanente, intervino en ese momento con la suavidad del hombre que sabe cuándo una conversación ha dado lo que tenía que dar y cuándo conviene dejarla en el punto más favorable.

—El Marchese es conocido en Milán por su biblioteca —le dijo a sus hijas, con un tono que era información pero también era una señal—. Tiene fama de ser una de las más completas de Lombardía.

—Una fama algo exagerada —dijo el Marchese, dirigiéndose a las gemelas con una sonrisa que era la primera completamente espontánea que había mostrado desde que llegó—. Aunque no tanto como para corregirla públicamente. Hay vanidades que uno aprende a administrar con más cuidado que otras.

Las gemelas Trivulzio, cada una a su manera, guardaron en la memoria ese primer encuentro con el Marchese Alessandro Belgioioso. Isadora lo guardó como se guarda un dato relevante: con precisión y con la intención de usarlo. Aurelia lo guardó de otra manera, más parecida a como se guarda una música que no se esperaba escuchar y que después del momento en que la oyes te acompaña sin que la hayas invitado.

Lo que ninguna de las dos sabía, porque no podían saberlo, es que el Marchese había guardado también el suyo. Y que esa tarde, de regreso a

su Palazzo por los caminos del campo lombardo, habría sido incapaz de decir con certeza cuál de los dos rostros idénticos le había dejado una impresión más duradera, porque la respuesta, para su propia sorpresa, no era simple.

El resto de la jornada transcurrió con la normalidad de ese tipo de reuniones: más disparos, más conversaciones fragmentadas, el almuerzo bajo los árboles con el vino generoso que el viejo Rondanini servía sin economías, y la dispersión gradual de los grupos hacia el final de la tarde cuando el sol empezaba a bajar sobre los campos y el frío húmedo regresaba con más determinación que por la mañana.

El Marchese Belgioioso cruzó con las gemelas Trivulzio dos veces más durante la jornada, en esos encuentros aparentemente casuales que en ese tipo de reuniones raramente son casuales del todo. En el primero, que ocurrió junto a los caballos cuando Isadora estaba revisando el equipo de montar con esa competencia suya que siempre sorprendía a los hombres que la veían por primera vez, el Marchese se detuvo un momento.

—Veo que conoce los caballos —dijo, con genuina curiosidad.

—Los prefiero a la mayoría de las personas que he conocido —respondió Isadora, sin levantar la vista de la cincha que estaba ajustando—. Son más directos.

—¿Y eso lo considera una virtud?

—La considero una comodidad —dijo Isadora, levantando entonces la vista con esos ojos verdes suyos que tenían la costumbre de ir al asunto —. Las virtudes son aburridas. Las comodidades son útiles.

El Marchese sonrió ante eso con una sonrisa más amplia que las anteriores, que le llegó sin que él se lo propusiera.

El segundo encuentro fue con Aurelia, que se había alejado un poco del grupo principal y estaba de pie en el borde de un campo, mirando la línea del horizonte donde los álamos de Lombardía hacían esa silueta característica contra el cielo de octubre. El Marchese llegó a su lado sin prisa y siguió su mirada un momento antes de hablar.

—¿Qué ve? —preguntó.

Aurelia tardó un momento en responder, como si la pregunta requiriera una consideración honesta y no una respuesta de cortesía.

—El final de la estación —dijo—. Hay algo en los álamos en octubre que no tienen en ninguna otra época. Como si supieran que les queda poco tiempo y hubieran decidido ser lo más ellos mismos posible antes de que llegue el invierno.

El Marchese guardó silencio un momento, mirando también los álamos.

—Es una observación poco habitual —dijo finalmente.

—¿Le parece excéntrica? —preguntó Aurelia, volviéndose hacia él con una franqueza que no era desafío sino curiosidad genuina.

—Me parece exacta —respondió el Marchese—. Que es mejor que habitual.

Esa tarde, de regreso a Milán en el carruaje de los Trivulzio, Don Carlo guardó silencio durante más tiempo del habitual antes de hablar. Cuando lo hizo, se dirigió a las dos con esa economía suya de palabras que significaba que lo que iba a decir había sido pensado con cuidado.

—El Marchese Belgioioso es un hombre de consideración en esta ciudad —dijo—. Y me ha parecido que la consideración era mutua esta tarde. Lo cual está bien. Pero quiero que entiendan algo: la consideración se gana en los primeros encuentros y se pierde en los segundos si uno no sabe administrarla. Lo que consiguieron hoy, si es que consiguieron algo, es solo el principio de algo que puede ir en muchas direcciones. No saquen conclusiones todavía.

Isadora escuchó eso con la expresión de quien registra información sin comprometerse a compartir lo que piensa de ella.

Aurelia miró por la ventanilla los campos que pasaban, oscureciéndose ya con el atardecer, y no dijo nada. Pero en algún lugar interior, en ese sitio donde guardaba las cosas que todavía no tenían nombre, algo había empezado a tomar forma con la misma lentitud silenciosa con que los álamos de Lombardía se preparan para el invierno.

CAPÍTULO 5

El Palazzo Belgioioso

Milán, invierno de 1832

Milán tenía una manera particular de recibir el invierno que no compartía con ninguna otra ciudad del norte de Italia: lo hacía sin resignación y sin entusiasmo, con esa aceptación pragmática de quien ha aprendido que ciertas cosas llegan independientemente de lo que uno sienta al respecto, y que la única respuesta sensata es encontrarles un uso.

El uso que la aristocracia milanesa encontraba al invierno era la temporada de fiestas, que comenzaba en diciembre con las primeras nevadas sobre los tejados y no terminaba hasta que la primavera hacía imposible seguir pretendiendo que era necesario reunirse en interiores para entrar en calor.

Durante esos meses, los Palacios de las familias con nombre y fortuna abrían sus salones con una frecuencia que habría resultado agotadora para cualquiera que no hubiera nacido dentro de ese mundo, y que para quienes sí habían nacido dentro era tan natural como respirar y considerablemente más interesante.

Fue en ese contexto donde el Marchese Alessandro Belgioioso anunció, con pocas semanas de anticipación pero con todos los detalles en orden que su reputación de anfitrión exigía, que daría una velada de gala en el Palazzo Belgioioso en la segunda semana de diciembre.

La invitación llegó a la mansión Trivulzio en forma de una carta escrita en el papel grueso y levemente marfileño que usaba el Marchese para su correspondencia, dirigida a Don Carlo con la formalidad que correspondía, y en la que se mencionaba explícitamente que la invitación se extendía también a sus hijas. Don Carlo leyó la carta en su biblioteca, la dobló con la misma precisión con que la habría doblado si hubiera contenido una propuesta de negocios, y la guardó en el cajón derecho de su escritorio. Esa misma tarde llamó a sus hijas.

Las recibió de pie, que era en él una señal de que lo que iba a decir no era una conversación sino una comunicación.

—Hemos recibido una invitación del Marchese Belgioioso —dijo, sin preámbulos—. Una velada de gala en su Palazzo el doce de diciembre. Asistiremos los tres.

Isadora no dijo nada, pero algo en su postura cambió de una manera casi imperceptible, como cuando una vela que ya ardía recibe un soplo de aire y la llama se aviva sin que nadie la haya tocado.

Aurelia preguntó, con esa voz suya que siempre parecía venir de un lugar más interior que las palabras mismas:

—¿Solo nosotras o habrá más invitados?

—Media Milán —dijo Don Carlo—. El Marchese no da veladas pequeñas. Pero el hecho de que la invitación las mencione a las dos por nombre tiene un significado que no requiere que yo lo interprete para ustedes. ¿Está claro?

—Está claro —dijo Isadora.

—Está claro —dijo Aurelia, aunque lo que tenía en la voz al decirlo era algo más complicado que la simple confirmación.

Don Carlo las despidió con un gesto y volvió a su escritorio. Las dos subieron juntas la escalera, y fue solo cuando estuvieron en el corredor de arriba, fuera del alcance de cualquier oído que no fuera el de la otra, que Isadora se detuvo y se volvió hacia su hermana.

—¿Qué piensas? —preguntó, con una franqueza que entre ellas no requería más contexto porque el contexto era obvio.

Aurelia consideró la pregunta un momento antes de responder, apoyando la mano en la barandilla del corredor con ese gesto suyo de quien necesita algo concreto bajo los dedos para ordenar los pensamientos.

—Pienso que papá tiene razón en que el detalle de los nombres tiene un significado —dijo—. Y pienso que ese significado puede leerse de más de

una manera, y que todavía es demasiado pronto para saber cuál de esas lecturas es la correcta.

—¿Y qué sientes? —preguntó Isadora, que hacía la distinción entre pensar y sentir con una precisión que no siempre usaba pero que usaba cuando le importaba la respuesta.

Aurelia la miró un momento con esos ojos verdes que eran los mismos que los de su hermana y sin embargo miraban de manera completamente distinta.

—Eso —dijo— me lo guardo por ahora.

La preparación para la velada ocupó los días siguientes con esa intensidad que tienen las ocasiones que importan cuando uno reconoce que importan. Donatella supervisó los vestidos con la seriedad de un general que revisa el armamento antes de una batalla, discutió con la modista dos veces sobre un detalle del escote de Isadora que consideraba excesivo y terminó cediendo a medias, y pasó una tarde entera peinando a Aurelia con variaciones que la propia Aurelia observaba en el espejo con una paciencia que era parte curiosidad y parte indiferencia hacia el resultado final.

—¿Por qué no te importa más? —le preguntó Donatella en un momento dado, con ese tono suyo de quien pregunta porque genuinamente quiere entender y no porque esté buscando una respuesta particular.

—Me importa —dijo Aurelia—. Solo que me importa de otra manera. Tú te preocupas por lo que van a ver cuando me miren. Yo me preocupo por lo que voy a decir cuando me hablen. Son preocupaciones distintas y las dos son necesarias, pero la tuya la puedes resolver tú sola y la mía la tengo que resolver yo.

Donatella la miró en el espejo un momento y luego siguió peinando sin responder, que era también una forma de responder.

El Palazzo Belgioioso era uno de esos edificios que Milán guardaba en sus calles más antiguas como prueba de que la ciudad había tenido épocas en que la grandeza no se medía en extensión sino en proporción y en detalle. La fachada era sobria desde afuera, con esa contención característica de la arquitectura lombarda que guarda sus mejores argumentos para el interior, y el interior no defraudaba: frescos en los techos que databan de dos siglos atrás y que habían sobrevivido a varios dueños y a algunas guerras con la dignidad tranquila de lo que sabe que es más duradero que las circunstancias.

Había mármoles blancos y negros en los pisos que devolvían los pasos con una resonancia que hacía que incluso los movimientos cotidianos adquirieran algo de ceremonia; y en el salón principal, que era donde esa noche se reuniría la flor y nata de la aristocracia lombarda, una araña de cristal veneciano que cuando estaba encendida convertía la luz de las

velas en algo que no era exactamente luz sino otra cosa más difícil de nombrar.

Cuando las gemelas Trivulzio llegaron con su padre, el salón estaba ya poblado con esa densidad particular de las fiestas exitosas, donde hay suficiente gente como para que la conversación tenga volumen pero no tanta como para que resulte imposible moverse con comodidad. La música llegaba desde el extremo opuesto, discreta y precisa, tocada por un cuarteto de cuerdas que el Marchese había traído expresamente de Venecia para la ocasión.

El Marchese los recibió personalmente al pie de la escalera de entrada, que era un gesto que no hacía con todos sus invitados y que Don Carlo registró con la atención que merecía.

—Don Carlo —dijo, con esa sobriedad suya que era también una forma de calidez—. Me alegra que hayan podido venir. —Luego se dirigió a las gemelas con una inclinación que era la misma para las dos pero que acompañó de una mirada que no era exactamente igual—. Señoritas. Milán estará esta noche mejor de lo que estaría sin ustedes, que ya es decir algo tratándose de Milán.

—El Palazzo hace su parte —respondió Isadora, mirando a su alrededor con esa manera suya de tomar posesión de un espacio con los ojos antes de moverse por él—. No he visto nada igual en la ciudad.

—¿Y usted, señorita Aurelia? —preguntó el Marchese, volviéndose hacia ella con una atención que Isadora captó desde el lateral de su campo visual sin girar la cabeza.

Aurelia había estado mirando los frescos del techo desde que habían entrado, con esa concentración suya que olvidaba por un momento los protocolos sociales porque algo genuino la había detenido.

—Estaba mirando los frescos —dijo, con la honestidad de quien no se disculpa por haber prestado atención a lo que merece atención—. ¿Del siglo dieciséis?

El Marchese la miró con algo que era más que cortesía.

—Del quince —dijo—. Taller de Bernardino Luini, aunque hay quien lo discute. A mí me importa menos la autoría que el hecho de que llevan cuatrocientos años ahí arriba y todavía dicen algo.

—Eso es lo que importa de las cosas que duran —dijo Aurelia, bajando la vista del techo hacia él—. Que siguen teniendo algo que decir cuando ya nadie recuerda quién las hizo.

Don Carlo intervino en ese momento con la suavidad de siempre, guiando la conversación hacia territorios más convencionales, y el Marchese se dispuso a cumplir con el resto de sus obligaciones de anfitrión. Pero antes de volverse, cruzó con Aurelia una última mirada que duró apenas un segundo y que no contenía ninguna de las frases que los dos acababan de decir, sino algo anterior a las frases, algo que

todavía no tenía nombre pero que los dos reconocieron con la misma claridad y que ninguno de los dos mencionó.

La velada que siguió fue todo lo que una velada en el Palazzo Belgioioso debía ser: brillante, concurrida, llena de esa conversación a múltiples niveles que la aristocracia milanesa había perfeccionado durante generaciones. Las gemelas Trivulzio navegaron por ella cada una a su manera: Isadora con la energía de quien sabe que está en su elemento y lo disfruta sin disimularlo; Aurelia con la atención de quien observa más de lo que habla y habla solo cuando tiene algo que valga la pena decir.

Bailaron ambas con el Marchese en momentos distintos de la noche. Con Isadora, él fue el caballero impecable que la ocasión requería, y la conversación que sostuvieron mientras giraban fue animada y brillante y no dejó en ninguno de los dos una huella particular. Con Aurelia, algo fue diferente sin que ninguno de los dos pudiera haber dicho exactamente qué: el ritmo de la conversación era más lento, más cuidadoso, con esos silencios que entre dos personas que acaban de conocerse deberían resultar incómodos y sin embargo no lo eran.

De regreso en el carruaje, con Milán pasando por las ventanillas bajo la nieve que había empezado a caer sin avisar, Don Carlo guardó el silencio de siempre y las dos gemelas guardaron también el suyo. Pero eran silencios de naturaleza muy diferente, y cualquiera que las hubiera conocido lo suficiente habría podido distinguirlos: el de Isadora era el de quien está procesando información con una velocidad y una dirección que ya tiene decididas; el de Aurelia era el de quien está dejando que algo se asiente antes de intentar comprenderlo.

Ninguna de las dos durmió bien esa noche. Y ninguna de las dos se lo dijo a la otra a la mañana siguiente, que era también, a su modo, una manera de decírselo.

La mañana siguiente amaneció con Milán cubierta de nieve y con un silencio en la mansión Trivulzio que era distinto al de otros días. Donatella lo notó desde temprano, cuando fue a despertar a las gemelas y encontró a Isadora ya sentada en el borde de la cama, mirando por la ventana el jardín nevado con esa expresión concentrada que tenía cuando algo en su interior estaba trabajando con más intensidad que de costumbre.

—¿No dormiste? —le preguntó Donatella, sin rodeos.

—Dormí suficiente —dijo Isadora, que era una respuesta que no respondía nada pero que en su boca sonaba completamente definitiva.

Donatella no insistió. Fue a la habitación de Aurelia y la encontró también despierta, aunque en una postura completamente diferente: recostada, con los ojos abiertos hacia el techo, con esa quietud suya de cuando estaba en el interior de un pensamiento largo y no quería que nada lo interrumpiera.

—¿Cómo estuvo la noche? —preguntó Donatella, sentándose en el borde de la cama con la naturalidad de quien lleva años teniendo ese derecho.

Aurelia tardó un momento en responder.

—Bien —dijo finalmente—. Fue una velada muy bien organizada. El Marchese es un anfitrión extraordinario.

—Eso ya lo sé —dijo Donatella, con ese tono suyo que significaba que sabía perfectamente que lo que le estaban diciendo no era lo que le estaban preguntando—. Te pregunto cómo estuvo la noche para ti.

Aurelia se incorporó despacio y miró a Donatella con esos ojos verdes que en la luz gris de esa mañana nevada tenían una profundidad particular.

—Hay personas —dijo, eligiendo las palabras con el cuidado de quien no está acostumbrado a decir en voz alta lo que normalmente guarda— que cuando hablan contigo te hacen sentir que lo que dices vale la pena ser escuchado. No porque te adulen ni porque finjan interés. Sino porque genuinamente están ahí, presentes, recibiendo lo que dices como si tuviera peso real. Eso es poco frecuente, Donatella. Más de lo que debería ser.

Donatella la miró un momento sin decir nada.

—¿Y tu hermana? —preguntó finalmente.

—Mi hermana —dijo Aurelia, con una levedad que era demasiado cuidadosa para ser completamente natural— también bailó con él. Y también conversó con él. Y también, imagino, tiene sus propias conclusiones sobre la noche.

Donatella asintió despacio, con esa manera suya de procesar la información que recibía sin compartir inmediatamente lo que pensaba de ella. Se levantó, fue hacia la ventana y miró la nieve del jardín un momento antes de hablar.

—Escúchame bien —dijo, sin volverse—. He visto muchas cosas en esta casa en los años que llevo aquí. Y una de las cosas que he visto es que cuando dos personas quieren lo mismo, el mundo se complica de maneras que nadie anticipa. Todavía es pronto para saber si eso es lo que ocurre aquí. Pero no es demasiado pronto para ser consciente de que podría ocurrir.

Aurelia no respondió. Miró también la nieve por la ventana, junto a Donatella, y las dos mujeres permanecieron así un momento, en ese silencio que entre ellas había aprendido a contener más cosas que muchas conversaciones largas.

CAPÍTULO 6

La que se hace encontradiza

Milán, primavera de 1833

El invierno de 1832 cedió su lugar a la primavera con la lentitud característica del norte de Italia, que no abandona el frío de golpe sino que lo va soltando por partes, como quien deja ir algo que le costó trabajo pero que sabe que no puede quedarse.

En marzo todavía había mañanas con escarcha en los adoquines y niebla sobre los canales, pero el mediodía ya traía consigo una temperatura que prometía algo, y esa promesa era suficiente para que Milán empezara a modificar sus hábitos con la anticipación con que lo hace quien conoce bien las estaciones y sabe que conviene adelantarse a ellas.

Fue en esa primavera cuando el Marchese Alessandro Belgioioso empezó a encontrarse con una de las gemelas Trivulzio en los lugares que frecuentaba con la regularidad que tiene la vida de un hombre de su posición: el mercado cubierto del Corso donde los miércoles se reunían los comerciantes de telas finas y los representantes de las familias nobles que supervisaban sus compras; el paseo de los jardines públicos donde la buena sociedad milanesa circulaba en las tardes de sol con una mezcla de ejercicio y exhibición; la librería de la Via Broletto donde el Marchese tenía cuenta abierta desde hacía años y donde cada quince días aparecía a recoger los pedidos que había hecho por correspondencia.

Los primeros dos encuentros parecieron casuales, porque en los dos lugares había razones plausibles para que cualquiera de las familias notables de Milán apareciera. El tercero empezó también a parecerlo, hasta que el Marchese, hombre acostumbrado a leer los patrones en las cosas porque su vida profesional y social dependía de esa habilidad, notó algo que le resultó a la vez evidente y difícil de nombrar con precisión: que en esos tres encuentros la gemela que había aparecido era siempre la misma.

No porque pudiera distinguirlas con certeza sin el camafeo, sino porque había algo en la manera de aproximarse, en la cadencia de la conversación, en esa energía particular que buscaba el intercambio con una franqueza que él había notado desde la primera vez en la cacería, que era coherente en los tres encuentros y que lo era de una manera que el azar solo difícilmente habría podido sostener tres veces seguidas.

No dijo nada. Pero tomó nota.

Isadora, porque era ella, había diseñado esos encuentros con la misma metodología que aplicaba a todo lo que consideraba importante: primero el análisis del terreno, luego la elección del momento, luego la ejecución con la naturalidad suficiente como para que la premeditación no se notara. Sabía qué días aparecía el Marchese en el mercado del Corso porque se lo había preguntado a Battista con una indirecta tan bien construida que el mayordomo había respondido sin saber que estaba respondiendo.

Sabía que los jardines públicos eran parte de su rutina de los jueves porque lo había visto ahí la primavera anterior, cuando todavía no sabía

quién era. Y la librería de la Via Broletto la había descubierto por cuenta propia, siguiendo una cadena de inferencias que partía de los libros que había visto en el salón del Palazzo Belgioioso la noche de la velada.

Lo que Isadora no había calculado con tanta precisión era lo que ocurriría en esos encuentros, porque los encuentros, a diferencia de los preparativos, no podían ser completamente controlados.

El primero, en el mercado del Corso, había ido según lo previsto: ella había aparecido con su doncella a una hora en que sabía que él estaría ahí, lo había visto desde lejos y había maniobrado para que el cruce de caminos ocurriera de manera que pareciera inevitable sin serlo. El Marchese la había saludado con la cortesía de rigor y la conversación había fluido con facilidad, porque Isadora tenía el don de hacer fluir las conversaciones cuando quería.

—Qué coincidencia —había dicho él, con una voz que era perfectamente neutral.

—Milán es una ciudad grande que sabe ser pequeña cuando le conviene —había respondido Isadora, con esa sonrisa suya que era a la vez un saludo y una invitación.

Habían caminado juntos entre los puestos un rato, hablando de telas y de Lyon y de los cambios en los gustos de la temporada, y cuando se habían separado Isadora había tenido la satisfacción contenida de quien ha ejecutado bien la primera parte de un plan que todavía tiene mucho camino por delante.

El segundo encuentro, en los jardines, había sido más interesante. El Marchese había llegado solo, que era algo que no siempre hacía pero que ese jueves había decidido hacer porque necesitaba caminar sin la obligación de conversar, y cuando había visto a Isadora en el sendero principal había experimentado algo que no era exactamente sorpresa pero que tampoco era la ausencia de sorpresa.

—Señorita Trivulzio —había dicho, deteniéndose—. ¿Isadora o Aurelia?

—El camafeo, Marchese —había respondido ella, llevando la mano al suyo con ese gesto que ya empezaba a ser entre ellos una referencia compartida.

—Isadora, entonces —había dicho él, y algo en la manera de decirlo sugería que la respuesta le decía algo más que el simple nombre.

Habían caminado por los jardines durante casi una hora, y la conversación había tomado derroteros que Isadora no había previsto completamente: el Marchese había hablado de sus viajes a Viena y a París, de las diferencias entre las dos ciudades que iban más allá de la arquitectura y el idioma, de una manera de ver el mundo que se adquiere solo cuando uno ha vivido fuera de su propio contexto el tiempo suficiente para verlo desde afuera.

Isadora había escuchado con una atención que era genuina, porque lo que el Marchese decía era genuinamente interesante, y había respondido con esa capacidad suya de entrar en cualquier conversación al nivel que la conversación requería.

—¿Ha viajado usted? —le había preguntado él en un momento dado.

—Todavía no —había respondido Isadora—. Mi padre considera que hay un momento para cada cosa, y que el momento de viajar llega después del momento de establecerse. Aunque yo tengo mis dudas sobre el orden.

—¿Por qué?

—Porque establecerse en un lugar sin haber visto otros es establecerse sin perspectiva —había dicho Isadora—. Y sin perspectiva uno termina confundiendo lo familiar con lo necesario, que es un error del que es muy difícil recuperarse una vez cometido.

El Marchese la había mirado con esa atención que ella ya había aprendido a reconocer como una forma de respeto.

—Es una manera de pensar poco habitual en alguien de su edad y su posición —había dicho.

—¿Poco habitual en alguien de mi edad, o poco habitual en alguien de mi género? —había preguntado Isadora, con una franqueza que era deliberada pero que había calibrado con precisión para que no resultara agresiva sino estimulante.

El Marchese había sonreído ante eso, y esa sonrisa había sido la más amplia y la más espontánea que Isadora le había visto hasta entonces.

—En ambos —había respondido, con una honestidad que ella había apreciado—. Y en ambos casos lo considero una virtud, no una irregularidad.

El tercer encuentro, en la librería de la Via Broletto, había tenido una cualidad diferente. Isadora había llegado antes que él y había estado hojeando un volumen de historia lombarda cuando él había entrado, y los primeros minutos habían transcurrido con esa mezcla de reconocimiento y ligera incomodidad que tienen los encuentros que ocurren en un espacio más pequeño y más íntimo que los anteriores. La librería era un lugar donde la gente iba a estar a solas con los libros, y encontrarse ahí con alguien conocido alteraba esa solitud de una manera que no era desagradable pero que sí era diferente.

—¿Qué lee? —había preguntado el Marchese, después del saludo de rigor, mirando el volumen en sus manos.

—Historia lombarda —había respondido Isadora—. Aunque debo admitir que la encuentro menos interesante de lo que esperaba. Los historiadores tienen la costumbre de contar lo que ocurrió sin explicar por qué ocurrió, y esa segunda parte es la única que me importa.

—¿Y la primera no?

—La primera la puede contar cualquiera que haya estado presente —dijo Isadora, devolviendo el libro a su lugar en el estante—. La segunda requiere entender a las personas, y eso es considerablemente más difícil.

El Marchese había tomado el mismo volumen que ella había dejado y lo había hojeado un momento.

—Entonces lo que le interesa no es la historia sino la psicología —había dicho.

—Me interesa la intersección de las dos —había respondido Isadora—. Los grandes acontecimientos ocurren porque las personas son como son. Si entendieras perfectamente a las personas, podrías predecir la historia con bastante exactitud. Y viceversa.

El Marchese había guardado el libro y la había mirado con una expresión que Isadora no había sabido clasificar del todo, porque tenía en ella algo que era admiración pero también algo que era otra cosa, algo más reservado y más evaluador.

—Es usted una mujer muy particular, señorita Trivulzio —había dicho finalmente.

—¿Lo dice como un cumplido? —había preguntado ella.

—Lo digo como una observación —había respondido él—. Si además es un cumplido, eso depende de si usted considera que ser particular es algo que vale la pena ser.

—Lo considero lo único que vale la pena ser —había dicho Isadora, y esa había sido la última frase que habían intercambiado antes de que el librero se acercara con el pedido del Marchese y la conversación se terminara con la naturalidad de las cosas que tienen su propio límite.

De regreso a la mansión esa tarde, Isadora había repasado los tres encuentros con la metodología que le era propia, evaluando lo que había funcionado y lo que no, lo que había obtenido y lo que todavía necesitaba obtener. El Marchese la encontraba interesante, eso era evidente. La respetaba intelectualmente, eso también. Si lo que sentía por ella iba más allá del respeto intelectual era algo que todavía no podía determinarse con certeza, pero la dirección parecía favorable.

Lo que Isadora no había considerado con suficiente atención, porque era la clase de variable que su manera de pensar tendía a subestimar, era que el Marchese, mientras ella lo evaluaba a él, lo estaba evaluando también a ella. Y que su evaluación, aunque incompleta todavía, ya había empezado a producir conclusiones que ella no estaba en posición de conocer.

En la mansión Trivulzio, mientras tanto, Aurelia pasaba esas tardes de primavera de la manera que le era propia: leyendo, pensando, observando el jardín desde la ventana de la biblioteca con esa atención suya que no buscaba nada en particular y por eso encontraba cosas que

la búsqueda deliberada habría pasado por alto. No preguntaba por el Marchese. No mencionaba la velada del Palazzo. Pero Donatella, que la conocía mejor que nadie en el mundo, notaba en ella una cualidad diferente en el silencio de esas tardes, como si el silencio tuviera ahora algo dentro que antes no tenía.

Y callaba también, porque había aprendido en sus años que hay preguntas que solo pueden hacerse cuando la persona que tiene que responderlas está lista para hacerlo, y que adelantarse a ese momento no acelera nada sino que lo complica.

Una de esas tardes, sin embargo, el silencio de Aurelia se rompió de una manera que Donatella no esperaba. La encontró en la biblioteca no leyendo sino con el libro cerrado sobre el regazo y la vista en el jardín, y cuando Donatella entró y se sentó en el sillón de enfrente sin decir nada, Aurelia habló sin volverse.

—¿Sabes dónde va Isadora por las tardes? —preguntó, con una voz que era completamente neutral, demasiado neutral para ser completamente natural.

Donatella consideró la pregunta un momento antes de responder.

—Sale con su doncella —dijo—. A veces al mercado, a veces a los jardines. Ya sabes cómo es ella: necesita movimiento.

—Sí —dijo Aurelia—. Ya sé cómo es ella.

Hubo un silencio.

—¿Me estás preguntando algo más? —dijo Donatella, con esa franqueza suya que no eludía las preguntas difíciles sino que las sacaba a la luz antes de que se pudieran enquistar.

Aurelia se volvió entonces hacia ella, y en su mirada había algo que Donatella no le había visto antes con esa claridad: no tristeza, no exactamente, sino esa conciencia tranquila y un poco pesada de quien ha entendido algo que habría preferido no entender todavía.

—No —dijo Aurelia—. No te estoy preguntando nada más. Solo quería saber si salía.

Donatella asintió despacio y no dijo nada más, porque no había nada más que decir que fuera útil decir en ese momento. Pero cuando salió de la biblioteca y cerró la puerta con el cuidado de siempre, se quedó un instante en el corredor con la mano todavía en el pomo, pensando que había en esa casa una situación que se estaba desarrollando por debajo de la superficie con la lentitud silenciosa de las cosas que no se pueden detener una vez que han empezado, y que su único poder era observarla y estar presente cuando llegara el momento en que alguien necesitara que ella estuviera.

Eso tendría que ser suficiente. Aunque no estaba segura de que lo fuera.

CAPÍTULO 7

La elección del corazón

Milán, verano de 1833

Hay decisiones que un hombre toma en un instante preciso y que puede fechar después con la exactitud de quien recuerda el día y la hora porque algo en ese momento le indicó que estaba cambiando de dirección de manera irreversible. Y hay otras decisiones que no tienen fecha porque no tienen instante: se van formando por acumulación, como se forma el sedimento en el fondo de un río, sin que ninguna de las capas individuales sea determinante pero con el resultado de que un día uno mira hacia abajo y lo que ve ya no es el fondo que había antes.

La decisión del Marchese Alessandro Belgioioso pertenecía a la segunda categoría.

No fue en la cacería de los Rondanini, aunque esa tarde había plantado algo. No fue en la velada del Palazzo, aunque esa noche había abonado el terreno. Fue en el transcurso de los meses de primavera y principios de verano de 1833, a través de una serie de encuentros que el Marchese había ido acumulando con las dos gemelas Trivulzio, que la imagen que tenía de cada una fue tomando contornos más definidos hasta que un día, sin que hubiera ocurrido nada en particular ese día, supo con la claridad que tiene lo que ya estaba resuelto desde antes de que uno lo formulara: que si iba a pedir la mano de una de las hijas de Don Carlo Trivulzio, esa sería Aurelia.

El proceso que lo había llevado ahí no era sencillo de describir, porque no era lineal ni completamente racional, y el Marchese era un hombre que desconfiaba de los razonamientos demasiado ordenados sobre asuntos que por naturaleza no lo son. Lo que podía decir era esto: que Isadora le parecía extraordinaria en muchos sentidos, que su inteligencia era de una calidad que él apreciaba genuinamente, que su belleza era indiscutible y su carácter fascinante, pero que algo en ella lo mantenía a una distancia que no era geográfica sino de otra naturaleza.

Algo que él solo podía describir, con la imprecisión inevitable de quien intenta nombrar lo que no tiene nombre exacto, como una intensidad que pedía demasiado, que no dejaba espacio para el aire que toda relación necesita para respirar.

Con Aurelia era diferente. Con Aurelia el aire estaba siempre ahí. Las conversaciones que había tenido con ella, menos frecuentes que las de Isadora porque Aurelia no se hacía encontradiza sino que aparecía cuando el azar lo disponía, tenían una calidad que las de Isadora no tenían, o no de la misma manera: la calidad de lo que no necesita demostrar nada porque lo que es resulta suficiente.

Había en Aurelia una autenticidad que el Marchese, hombre que había pasado suficiente tiempo en los salones de Milán, Viena y París como

para reconocer su rareza, encontraba cada vez más valiosa cuanto más tiempo pasaba.

Fue una tarde de julio, con el calor lombardo que a esa hora hacía pesado el aire dentro de los edificios y empujaba a la gente hacia los jardines y los portales, cuando el Marchese tomó la decisión de hablar con Don Carlo. Lo llamó por carta con una formalidad que el destinatario supo leer correctamente desde la primera línea, y acordaron verse al día siguiente en la biblioteca de la mansión Trivulzio.

Don Carlo lo recibió solo, como correspondía a ese tipo de conversación, y los dos hombres se sentaron frente a frente con el escritorio entre ellos y el peso de lo que iba a decirse flotando en el aire como el calor del verano.

El Marchese fue directo, que era la única manera en que sabía ser cuando algo le importaba de verdad.

—Don Carlo, vengo a pedirle la mano de su hija Aurelia. Soy consciente de que esto puede sorprenderle dado que mis visitas a su casa no han sido frecuentes, y de que Aurelia y yo no hemos tenido la ocasión de conocernos con la profundidad que este tipo de decisión merece en condiciones ideales. Pero he reflexionado sobre esto durante suficiente tiempo y con suficiente seriedad como para estar seguro de lo que le estoy diciendo. La respeto y la admiro, y creo que tengo la capacidad de hacerla feliz de una manera que no es solo material sino también de la otra clase, que es la que importa a largo plazo.

Don Carlo escuchó todo eso sin interrumpirlo, con los dedos entrelazados sobre el escritorio y esa expresión suya de evaluación permanente que no revelaba nada de lo que pensaba mientras lo pensaba.

—¿Y por qué Aurelia y no Isadora? —preguntó, cuando el Marchese terminó. Era una pregunta directa en un asunto que la mayoría de los hombres de su posición habrían rodeado con más circunloquios, pero Don Carlo no era la mayoría de los hombres.

El Marchese no vaciló.

—Porque Isadora me parece una mujer extraordinaria a quien cualquier hombre debería sentirse afortunado de tener a su lado —dijo—, y al mismo tiempo una mujer cuyo carácter requiere un tipo de hombre que yo no soy con seguridad. No lo digo como una crítica de ella. Lo digo como una evaluación honesta de mí mismo. Aurelia, en cambio, es alguien con quien creo que podría construir algo sólido y verdadero. Y a mi edad, Don Carlo, eso vale más que cualquier otra consideración.

Don Carlo lo miró durante un momento largo.

—¿Ha pensado en la reacción de Isadora?

—La he pensado —dijo el Marchese—. Y es una de las variables que no puedo controlar. Pero si empiezo a tomar decisiones importantes en

función de lo que puede molestar a quienes no son parte directa de esas decisiones, terminaré sin tomar ninguna que valga la pena tomar.

Don Carlo asintió despacio, con esa manera suya de recibir un argumento que le resultaba sólido sin necesidad de decirlo explícitamente.

—Necesito hablar con mis hijas —dijo—. Deme unos días.

—Todo el tiempo que necesite —respondió el Marchese.

Se estrecharon la mano con la sobriedad de dos hombres que entienden lo que han puesto en movimiento, y el Marchese salió de la mansión Trivulzio bajo el sol del mediodía lombardo con esa sensación de quien ha dicho en voz alta algo que llevaba tiempo existiendo en silencio y que al decirlo se ha vuelto real de una manera que el silencio no permite.

Don Carlo se quedó solo en la biblioteca un buen rato después de que el Marchese se fue, mirando el jardín por la ventana con los dedos todavía entrelazados. No era sorpresa lo que sentía, porque Don Carlo muy rara vez se sorprendía de nada. Era algo más parecido a la satisfacción del hombre que ha visto desarrollarse una situación en la dirección que consideraba más probable y que ahora tiene que gestionar las consecuencias de ese desarrollo con la misma precisión con que había gestionado todo lo demás.

Las consecuencias incluían a Aurelia, que tendría que ser consultada porque Don Carlo, a diferencia de muchos padres de su época y posición, entendía que una hija mal dispuesta hacia su matrimonio era un activo que se deprecia rápidamente. E incluían a Isadora, que era la consecuencia más difícil de gestionar porque Isadora era siempre la consecuencia más difícil de gestionar en cualquier situación que no le diera exactamente lo que quería.

Llamó primero a Aurelia.

Ella llegó a la biblioteca con esa calma suya que era genuina y no aprendida, y se sentó frente a su padre con las manos en el regazo y esa expresión de atención abierta que era su manera de recibir lo que todavía no sabía que iba a recibir.

Don Carlo fue directo, como siempre, aunque en esta ocasión con una versión ligeramente más cuidadosa de su franqueza habitual.

—El Marchese Belgioioso ha venido esta mañana a pedirte en matrimonio —dijo—. Te lo comunico porque tienes derecho a saberlo y porque tu disposición en este asunto es relevante para la decisión que tomaré. No eres un objeto que se entrega sin consultar, Aurelia. Eso quiero que lo entiendas antes de que me digas lo que piensas.

Aurelia lo escuchó sin cambiar de expresión, aunque algo muy interior y muy suyo se movió en ese momento de una manera que no era visible desde afuera. Cuando respondió, su voz tenía la misma calma que siempre, pero con algo debajo que era nuevo.

—¿Y qué quieres saber tú, papá? ¿Si lo acepto o si lo quiero?

Don Carlo la miró un momento.

—Las dos cosas son relevantes —dijo—. Aunque no con el mismo peso.

—Lo acepto —dijo Aurelia—. Y en cuanto a lo otro, no sé todavía si lo que siento es lo que se llama querer. Pero sí sé que es algo. Y que ese algo, con el tiempo y con la oportunidad de conocerlo mejor, podría llegar a ser lo que se llama querer. Eso tendrá que ser suficiente, porque es lo más honesto que puedo decirte.

Don Carlo asintió con la satisfacción breve del hombre que recibe exactamente la clase de respuesta que esperaba de la hija que conoce.

—Está bien —dijo—. Puedes irte.

Aurelia se levantó y fue hacia la puerta, pero antes de abrirla se volvió.

—¿Cuándo se lo dirás a Isadora?

—Esta tarde —dijo Don Carlo.

Aurelia asintió y salió. En el corredor, fuera de la vista de su padre, se detuvo un momento con la mano en la pared, respirando el aire quieto de la mansión en ese mediodía de julio, con el calor y el silencio y la conciencia de que algo en su vida acababa de cambiar de forma irreversible.

No era miedo lo que sentía. Era algo más parecido al vértigo sereno de quien ha llegado al borde de algo grande y mira hacia abajo y descubre que la altura es real pero que también lo es el suelo que hay al otro lado.

Subió a su habitación sin hacer ruido, cerró la puerta, y se sentó junto a la ventana a esperar lo que vendría después.

Lo que vendría después era Isadora.

Don Carlo la llamó esa misma tarde, cuando el calor del mediodía había cedido apenas lo suficiente para que el interior de la mansión fuera tolerable. Isadora llegó a la biblioteca con esa manera suya de entrar a los sitios, como si el espacio se ajustara a ella y no al revés, y se sentó frente a su padre con una postura que era correcta sin ser rígida y una expresión que no revelaba nada porque Isadora había aprendido desde pequeña que revelar lo que uno siente antes de saber lo que va a recibir es una desventaja que se puede evitar.

Don Carlo la miró un momento antes de hablar, con esa atención suya que la conocía mejor que nadie excepto Donatella, y le dijo lo mismo que le había dicho a Aurelia, con las mismas palabras y el mismo tono, porque Don Carlo era un hombre que creía en la equidad de la información cuando la información era inevitable.

Isadora escuchó todo sin moverse. Sin cambiar de expresión. Sin hacer ninguno de los gestos que otra persona en su lugar habría hecho de manera involuntaria. Solo cuando su padre terminó de hablar, y solo después de un silencio que duró exactamente el tiempo que Isadora

necesitó para decidir qué mostrar y qué guardar, respondió con una voz que era completamente plana y completamente controlada.

—Entiendo —dijo.

Don Carlo esperó. Sabía que eso no era todo.

—¿Puedo preguntar por qué Aurelia y no yo? —dijo Isadora, con una naturalidad que habría engañado a cualquiera que no la conociera tan bien como la conocía su padre.

—Puedes preguntarlo —dijo Don Carlo—. Pero la respuesta a esa pregunta solo la tiene el Marchese, y no es una pregunta que yo pueda hacerle en tu nombre ni que tú puedas hacerle en el tuyo. Estas decisiones no se explican ni se justifican, Isadora. Se toman y se respetan.

—¿Y si yo no la respeto?

Don Carlo la miró con esa mirada directa suya.

—Eso sería un error —dijo, sin elevar la voz ni un grado—. Un error costoso y sin remedio posible. Espero que seas suficientemente inteligente para saberlo, que creo que lo eres.

Isadora sostuvo esa mirada durante un momento que fue más largo de lo que habría parecido cómodo a cualquier observador externo. Luego asintió una vez, se levantó con la misma compostura con que había entrado, y salió de la biblioteca.

Sus pasos en el corredor eran los de siempre: seguros, regulares, sin prisa aparente. Pero cuando llegó a su habitación y cerró la puerta, el silencio que quedó del otro lado de esa puerta era de una calidad completamente distinta al que Aurelia había dejado al cerrar la suya horas antes.

Donatella, que pasaba por el corredor en ese momento con una bandeja, escuchó ese silencio y se detuvo un instante. Luego siguió caminando, porque había cosas que uno no podía hacer más que dejarlas ser, y ese silencio era una de ellas.

Por ahora.

CAPÍTULO 8

Lo que se fragua en la oscuridad

Mansión Trivulzio, Milán, verano-otoño de 1833

Los días que siguieron al anuncio de la petición de mano transcurrieron en la mansión Trivulzio con una normalidad que era casi perfecta y que por eso mismo resultaba ligeramente inquietante para quien la observaba con suficiente atención. Las comidas se servían a la hora de siempre.

Las rutinas de cada una se mantenían sin alteración visible. Isadora montaba por las mañanas, leía por las tardes, aparecía en la mesa con la puntualidad de siempre y participaba en las conversaciones con la misma soltura de siempre. Aurelia seguía con sus libros, sus bordados, sus horas en la biblioteca. Don Carlo atendía sus negocios. Battista supervisaba la casa.

Solo Donatella notaba algo. No sabría haberlo descrito con precisión, porque lo que notaba no era una cosa concreta sino una ausencia: la ausencia de ciertas pequeñas fricciones que son normales entre dos hermanas que viven juntas y que de pronto ya no estaban.

Isadora no le hacía a Aurelia los comentarios irónicos de siempre. Aurelia no le pedía a Isadora opinión sobre lo que leía. No reñían, lo cual era normal. Pero tampoco se reían juntas, lo cual no lo era tanto.

Un atardecer, mientras recogía la ropa del jardín antes de que cayera el rocío, Donatella vio a Isadora sentada sola en el banco de piedra del fondo, mirando el muro cubierto de hiedra con esa expresión que no era tristeza ni rabia sino algo anterior a las dos cosas, algo que todavía no había encontrado su forma definitiva. Se acercó y se sentó a su lado sin preguntar si podía, porque con Isadora pedir permiso para las cosas importantes siempre había sido contraproducente.

—¿Cómo estás? —preguntó, con la llaneza de siempre.

Isadora tardó un momento en responder, sin apartar la vista del muro.

—Bien —dijo.

—Eso no es una respuesta —dijo Donatella.

—Es la respuesta que tengo ahora mismo —dijo Isadora—. Si tuviera otra te la daría.

Donatella la miró un momento de lado.

—Puedes estar enojada —dijo—. Sería completamente comprensible.

—No estoy enojada —dijo Isadora, y lo dijo con una tranquilidad que era demasiado completa para ser del todo verdadera, aunque tampoco fuera completamente falsa—. Estoy pensando. Que es diferente.

—¿En qué piensas?

—En muchas cosas —dijo Isadora—. En que el mundo tiene una manera de organizarse que no siempre coincide con la manera en que uno lo habría organizado. Y en que hay personas que aceptan eso y personas que no. Y en cuál de las dos quiero ser.

Donatella asintió despacio, sin apresurarse a responder, porque esa era una de esas conversaciones que necesitaban espacio para respirar.

—Las dos tienen sus costos —dijo finalmente—. Aceptar duele de una manera. No aceptar duele de otra. La diferencia es que el dolor de aceptar tiene fin y el de no aceptar no siempre lo tiene.

Isadora no respondió a eso. Siguió mirando el muro un momento más y luego se levantó con ese movimiento suyo de quien ha decidido que la conversación ha llegado a su límite natural.

—Gracias, Donatella —dijo, y se fue hacia la casa.

Donatella se quedó en el banco con la ropa en los brazos, mirando el muro de hiedra que Isadora había estado contemplando, y pensó que en esa respuesta de gracias había algo que no era gratitud sino despedida, y que no sabía bien de qué.

Lo que Donatella no podía saber, porque ocurrió en la privacidad absoluta de la habitación de Isadora varios días después, era que el proceso que había descrito como pensar había llegado ya a sus conclusiones. No de golpe ni con un instante preciso que pudiera fecharse, sino de la misma manera gradual y silenciosa con que las decisiones que van a tener consecuencias serias suelen formarse en las personas que saben que las consecuencias serán serias: capa por capa, argumento por argumento, hasta que la estructura es suficientemente sólida como para sostenerse sola.

Isadora había llegado a una conclusión que era simple en su formulación y compleja en sus implicaciones: que si el Marchese Alessandro Belgioioso iba a casarse con una de las gemelas Trivulzio, esa gemela sería ella. El método para conseguirlo era igualmente simple en su formulación: si Alessandro no podía distinguirlas por su aspecto, y si el sistema de los camafeos era el único mecanismo de identificación que existía fuera de sus padres y de Donatella, entonces el sistema de los camafeos era también el único obstáculo entre ella y lo que quería. Y los obstáculos, había aprendido Isadora desde muy pequeña, existen para ser removidos.

Lo que hacía más complicada la situación era que Don Carlo también podía distinguirlas. Y eso era un problema que la solución de los camafeos no resolvía por sí sola.

Fue en ese punto de su razonamiento donde Isadora se detuvo durante varios días, no porque no supiera hacia dónde llevaba el siguiente paso sino porque el siguiente paso era de una naturaleza que requería una clase diferente de consideración. No moral, porque Isadora no se detenía en consideraciones morales con la facilidad con que se detenía la mayoría de las personas, sino práctica: el siguiente paso era irreversible, y los pasos irreversibles exigen una certeza que los reversibles no necesitan.

Cuando esa certeza llegó, llegó con la calma de las cosas que estaban decididas desde antes de que uno las formulara.

El carretonero del palacio se llamaba Enrico Conti, era un hombre de unos cuarenta años, de pocas palabras y menos preguntas, que llevaba años haciendo los recados que la mansión Trivulzio necesitaba sin que a nadie se le hubiera ocurrido preguntarse si tenía la discreción suficiente

para los recados que nunca le habían pedido. Isadora lo sabía desde hacía tiempo, porque Isadora prestaba atención a las personas que los demás no consideraban dignas de atención.

Lo llamó una mañana con la naturalidad de quien da una instrucción doméstica cualquiera, mientras él pasaba por el corredor lateral de la mansión con una carga de leña.

—Enrico —dijo, deteniéndose junto a él como si fuera una coincidencia—. Necesito que me consigas algo en la farmacia de la Calle dell'Unione. Una tintura de acónito. Mi padre tiene el reuma muy mal estas semanas y el médico la ha recomendado para las articulaciones. Dile al farmacéutico que es para Don Carlo Trivulzio y que lo apunte en la cuenta de la casa.

Enrico Conti la miró con la expresión de quien registra una instrucción sin evaluarla.

—¿Cuándo lo necesita, señorita?

—Esta semana —dijo Isadora—. No hay prisa, pero tampoco quiero que mi padre siga sufriendo más de lo necesario.

—Lo traigo mañana —dijo Enrico, y siguió con su carga de leña.

Isadora continuó por el corredor con el mismo paso de siempre. En el patio interior se cruzó con Aurelia, que venía de la biblioteca con un libro bajo el brazo y la expresión de quien estaba pensando en lo que acababa de leer más que en lo que tenía delante.

—¿Adónde vas? —preguntó Aurelia, con esa naturalidad de siempre entre ellas que el tiempo de los últimos meses había enfriado apenas perceptiblemente.

—A ningún sitio en particular —dijo Isadora—. Daba un paseo.

Aurelia la miró un momento con esos ojos verdes que a veces, en los momentos menos esperados, veían más de lo que uno habría querido.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Estoy perfectamente —dijo Isadora, con una sonrisa que era correcta y cálida y no revelaba absolutamente nada—. ¿Y tú? ¿Qué lees?

La conversación derivó hacia el libro de Aurelia, que era un tratado de ciencias naturales que había encontrado en la biblioteca de su padre entre dos volúmenes de contabilidad, y duró lo suficiente para que ninguna de las dos tuviera que preguntarse si había algo más detrás de ella. Luego se separaron con la normalidad de siempre, cada una hacia su lado.

Enrico Conti trajo la tintura de acónito al día siguiente, en un frasco de cristal grueso de color azulado, tal como se acostumbraba guardar ese tipo de preparados en las farmacias de Milán. Isadora lo recibió con una naturalidad que no requirió ningún esfuerzo porque genuinamente no sentía que hubiera nada que ocultar en el gesto de recibir un frasco de medicina para el reuma de su padre, que era en efecto lo que parecía y

que nadie en la mansión Trivulzio tenía ninguna razón para interpretar de otra manera.

Lo llevó a su habitación y lo guardó en el fondo del cajón de su tocador, detrás de los frascos de agua de rosas y de las cintas de repuesto. Lo miró un momento antes de cerrar el cajón, con esa mirada suya que iba al asunto. Luego cerró el cajón y se fue a montar, porque era la hora de montar y porque las rutinas, en los momentos en que todo lo demás se mueve, son la única forma de ancla que tiene la cordura.

Fuera, en el jardín de la mansión Trivulzio, el verano lombardo empezaba a ceder su lugar al otoño con la misma lentitud con que cede todas las cosas que cuestan soltar. Los preparativos de la boda de Aurelia y el Marchese avanzaban en manos de Don Carlo con la metodología de siempre: la lista de invitados, el contrato matrimonial, las negociaciones sobre la dote. Aurelia participaba en esas conversaciones con la serenidad de quien acepta lo que viene y encuentra en esa aceptación no resignación sino una forma de paz que tampoco había esperado encontrar tan pronto.

Isadora participaba también, cuando se le pedía, con una disposición que nadie habría calificado de falsa porque no tenía ningún elemento concreto que permitiera calificarla de nada. Era simplemente Isadora, siendo lo que siempre había sido.

El frasco de cristal azulado seguía en el fondo del cajón del tocador, detrás de los frascos de agua de rosas y de las cintas de repuesto, esperando con la paciencia indiferente de los objetos que no tienen voluntad propia pero que están ahí cuando se los necesita.

Los preparativos de la boda avanzaban con una velocidad que Isadora observaba desde adentro con la atención de quien mide el tiempo que queda antes de que algo se vuelva irreversible. Don Carlo había fijado la fecha para la primavera siguiente, lo cual daba margen suficiente para los arreglos que una boda de esa categoría requería: las amonestaciones en la parroquia de San Babila, la confección del ajuar, las negociaciones sobre las propiedades que pasarían a formar parte del patrimonio del nuevo matrimonio, y las inevitables visitas de cortesía entre ambas familias que el protocolo lombardo exigía antes de que la unión pudiera considerarse socialmente completa.

El Marchese visitaba la mansión Trivulzio con la regularidad que correspondía a su nueva condición de prometido, siempre acompañado de su secretario y siempre recibido por Don Carlo en la biblioteca antes de que se le permitiera estar con Aurelia en la sala, con la puerta entreabierta y Donatella cosiendo en un rincón con esa presencia suya que era a la vez discreta y completamente inequívoca en su función.

En esas visitas, Isadora aparecía puntualmente, con la amabilidad correcta de la hermana de la novia, participaba en la conversación general con la soltura de siempre, y observaba. Observaba a Alessandro

con esa atención suya que registraba todo sin parecer que registraba nada.

Observaba cómo miraba a Aurelia, cómo le hablaba, cómo escuchaba lo que ella decía con esa calidad de presencia que Isadora había notado desde la primera vez y que seguía encontrando, pese a todo, genuinamente admirable en un hombre.

Y observaba también a Aurelia, que en presencia del Marchese tenía una manera de ser que era la suya de siempre pero con algo más, algo que Isadora no le había visto antes y que reconocía sin querer reconocerlo porque reconocerlo implicaba aceptar una cosa que no estaba dispuesta a aceptar: que su hermana era feliz. No de la manera ruidosa y visible en que Isadora habría sido feliz en su lugar. Sino de esa otra manera, la de Aurelia, más interior y más silenciosa y por eso mismo más difícil de ignorar.

Una tarde, después de una de esas visitas, cuando el Marchese se había despedido y Don Carlo había vuelto a su biblioteca y Donatella había recogido su costura, Isadora se encontró sola en la sala con Aurelia por unos minutos. Aurelia recogía los tazones del té con esa parsimonia suya, y por un momento las dos hermanas estuvieron en el mismo espacio sin decir nada, con el silencio entre ellas que en otro tiempo habría sido cómodo y que ahora tenía una textura diferente.

Fue Isadora la que habló primero.

—Te sienta bien —dijo, con una voz que era completamente neutral.

Aurelia la miró, sin entender del todo.

—¿El qué?

—Esto —dijo Isadora, haciendo un gesto vago que abarcaba la sala, los tazones, la tarde, lo que había ocurrido en ella—. Te sienta bien.

Aurelia la miró un momento más, con esos ojos que a veces veían demasiado, y algo en su expresión fue hacia adentro antes de responder.

—Gracias —dijo, en voz baja.

Isadora asintió una vez y salió de la sala. En el corredor, sus pasos tenían el ritmo de siempre. Nadie que la hubiera visto pasar habría notado nada fuera de lo ordinario.

El frasco de cristal azulado seguía en el cajón del tocador, esperando.

CAPÍTULO 9

Vino generoso en la biblioteca

Mansión Trivulzio, Milán, otoño de 1833

El otoño llegó a Milán ese año con una belleza particular que la ciudad no siempre se permitía: cielos limpios de una claridad casi dolorosa, mañanas frías que olían a piedra húmeda y a las últimas flores del jardín

resistiendo lo inevitable, tardes que el sol inclinado convertía en algo que los poetas de los salones habrían descrito con entusiasmo y que los habitantes de la ciudad simplemente disfrutaban sin necesidad de ponerle nombre.

Era la clase de otoño que hace que uno sienta, sin saber exactamente por qué, que el tiempo es un bien más escaso de lo que parece cuando uno no lo está contando.

Don Carlo Trivulzio no contaba el tiempo porque era un hombre demasiado ocupado ocupándolo, pero sí notó ese octubre que el reuma en las manos le había empeorado con la llegada del frío, que era algo que le ocurría todos los años y que todos los años le producía la misma irritación de quien sabe que algo va a ocurrir y lo sabe desde antes y sin embargo no puede evitarlo.

Las articulaciones de los dedos se ponían rígidas por las mañanas, lo cual dificultaba la escritura y convertía la revisión de la correspondencia, que era la primera actividad de su jornada, en un ejercicio que requería más paciencia de la que él consideraba razonable dedicar a sus propios dedos.

El médico de la familia, el Doctor Ferrante, un hombre de ciencia con más curiosidad que dogmatismo que llevaba años atendiendo a los Trivulzio con la discreción que la posición de la familia requería, había recomendado en la última visita varios remedios para las articulaciones, entre ellos la tintura de acónito diluida en agua, que en pequeñas dosis tenía propiedades analgésicas que la medicina de la época reconocía aunque no comprendiera del todo.

Don Carlo había escuchado las recomendaciones con la paciencia de quien escucha cosas que no le gustan porque sabe que son necesarias, y había aceptado el tratamiento con la misma resignación con que aceptaba todo lo que no podía controlar.

Fue Isadora quien se ofreció a llevarle el preparado por las tardes, en esa hora en que Don Carlo acostumbraba a leer en su biblioteca antes de la cena. No lo dijo de esa manera, porque Isadora nunca ofrecía las cosas de una manera que sonara a ofrecimiento: simplemente empezó a aparecer con una copa de vino generoso y el preparado del médico a la misma hora todos los días, con la naturalidad de quien ha incorporado algo a su rutina sin que nadie le haya pedido que lo haga, y Don Carlo lo recibió con la misma naturalidad, porque era la clase de atención que a un hombre como él le resultaba cómoda precisamente porque no requería reconocimiento explícito.

La primera tarde, Don Carlo levantó la vista de sus papeles cuando Isadora entró con la copa y el frasco pequeño del preparado, y algo en su expresión fue, durante un instante apenas perceptible, hacia ese lugar donde los padres guardan la conciencia de sus hijos como personas completas y no solo como extensiones de sus propios planes.

—Es considerado de tu parte —dijo, que en él era una frase que contenía más de lo que sus palabras decían.

—El Doctor Ferrante fue claro sobre la regularidad —respondió Isadora, dejando la copa sobre el escritorio con cuidado—. Si no lo toma todos los días no tiene el mismo efecto.

—Lo sé —dijo Don Carlo, tomando la copa con las manos que esa tarde estaban especialmente rígidas—. Gracias.

Isadora asintió y salió sin añadir nada más, que era exactamente la cantidad correcta de cosa que añadir en ese tipo de intercambio con su padre.

Las tardes siguientes transcurrieron de la misma manera, con la regularidad de los rituales que se han vuelto parte del orden natural de las cosas. Isadora llegaba, dejaba la copa, intercambiaba con su padre las frases breves que la situación requería, y se marchaba. Don Carlo bebía, seguía con sus papeles, y hacia la cena bajaba al comedor con las manos algo menos rígidas que antes, que era lo único que el preparado del Doctor Ferrante podía prometerse razonablemente a sí mismo.

Fue en la cuarta tarde cuando ocurrió algo diferente, aunque diferente en un sentido que nadie que hubiera estado presente habría podido identificar como tal.

Isadora había llegado a la biblioteca a la hora de siempre, con la copa de vino generoso en la mano derecha y el frasco del preparado en la izquierda. Don Carlo estaba de espaldas a la puerta, mirando por la ventana el jardín que el atardecer de octubre convertía en algo entre dorado y melancólico, con esa postura suya de cuando estaba pensando en algo que lo ocupaba de verdad. No la oyó entrar, o si la oyó no se volvió.

Isadora se detuvo un momento en el umbral, con la copa y el frasco en las manos, mirando la espalda de su padre. Era un hombre de sesenta años, sólido todavía, con ese porte recto que había tenido siempre y que el tiempo había ido matizando sin doblar. La luz del atardecer le llegaba de lado y hacía visible algo que la luz directa del mediodía ocultaba: que era mayor de lo que parecía, que los años habían dejado en él marcas que él nunca habría reconocido y que los demás rara vez se detenían a ver.

Luego entró, dejó el frasco sobre la mesa auxiliar junto a la ventana, y vertió en la copa el número exacto de gotas que el Doctor Ferrante había indicado. Diez gotas de tintura por copa de vino, bien disueltas, una vez al día.

Se acercó a su padre.

—El preparado —dijo, tendiendo la copa.

Don Carlo se volvió y la tomó con esa naturalidad que ya era parte del ritual de esas tardes.

—¿Cómo van los preparativos? —preguntó, refiriéndose a los de la boda, que era el asunto que ocupaba la mayor parte de las conversaciones domésticas de esas semanas.

—Bien —dijo Isadora—. Donatella y Aurelia estuvieron esta tarde con la modista. El vestido va tomando forma.

—¿Y tú no fuiste?

—Tenía otras cosas —dijo Isadora, con una brevedad que su padre no interrogó porque conocía esa brevedad y sabía que no conducía a ningún sitio que valiera la pena ir.

Don Carlo bebió un sorbo de la copa con la parsimonia del hombre que aprecia el vino generoso pero que también lo toma como medicina y sabe que las dos cosas no son del todo compatibles. Luego volvió hacia la ventana, como si la conversación hubiera llegado a su límite natural.

—Puedes irte —dijo—. Gracias por el preparado.

Isadora salió de la biblioteca con el frasco vacío en la mano, cerró la puerta con el cuidado de siempre, y subió a su habitación por la escalera de servicio que era la más rápida desde esa parte de la casa.

Don Carlo se quedó mirando el jardín con la copa en la mano, bebiendo de ella de vez en cuando, mientras el atardecer de octubre terminaba de hacer lo que hacen los atardeceres de octubre en Lombardía: convertir la luz en algo que no es exactamente luz sino recuerdo de luz, hasta que la oscuridad se instala con esa mansedumbre que tiene cuando llega sin prisa porque sabe que nadie puede impedírselo.

Hacia las siete de la tarde, Battista fue a llamarlo para la cena y no encontró respuesta al golpe en la puerta. Esperó lo que consideró prudente, volvió a llamar, y ante el silencio continuado abrió la puerta con la precaución que se tiene cuando uno no sabe lo que va a encontrar.

Don Carlo estaba en el sillón junto a la ventana, con la copa vacía en la mano y una expresión en el rostro que Battista tardó un momento en interpretar porque no era una expresión que hubiera visto antes en ese hombre, que era la expresión de quien se ha quedado dormido de una manera que no es del todo sueño. La copa resbaló de sus dedos y cayó sobre la alfombra sin romperse, con el sonido sordo que tienen las cosas cuando caen sobre algo blando.

Battista se acercó. Puso una mano en el hombro de su señor. Lo llamó por su nombre, cosa que no había hecho en doce años de servicio. Y cuando no recibió respuesta, salió corriendo al corredor a buscar ayuda con esa urgencia silenciosa de los servidores que han aprendido que en las casas nobles las crisis se manejan sin escándalo, aunque por dentro el corazón les vaya a toda velocidad.

El Doctor Ferrante llegó en menos de una hora. Examinó a Don Carlo con la minuciosidad que le correspondía y con esa expresión de concentración que los médicos adoptan cuando saben que lo que están

viendo no admite solución fácil. Había en la presentación clínica algo que no cuadraba del todo con lo que el Doctor Ferrante habría esperado de un hombre con el historial de Don Carlo: la rigidez era excesiva para un episodio simple, la temperatura demasiado baja, el pulso de una irregularidad que no era característica de las condiciones que había tratado en ese paciente.

Pero los hombres de sesenta años con reuma severo y años de trabajo intenso mueren a veces de maneras que no son completamente explicables, y el Doctor Ferrante lo sabía, y lo sabían también Battista y Donatella y las dos gemelas que esperaban en el corredor con la expresión que tienen las personas cuando el mundo cambia de golpe y todavía no han tenido tiempo de reorganizarse alrededor del cambio.

Aurelia lloró con esa honestidad suya que no necesitaba permiso para manifestarse. Isadora estuvo a su lado durante todo ese tiempo, con una mano en su brazo y la expresión adecuada en el rostro, diciendo las cosas que se dicen en esos momentos con la exactitud de quien las ha ensayado en algún lugar interior sin saber que las estaba ensayando.

Donatella los observaba a todos desde el fondo del corredor, con los brazos cruzados y esa mirada suya que había aprendido durante décadas a ver más de lo que la situación mostraba en la superficie. No pensaba nada concreto. Solo observaba. Y guardaba lo que observaba en ese lugar interior donde guardaba las cosas que todavía no sabía para qué le iban a servir.

Milán recibió la noticia de la muerte de Don Carlo Trivulzio con la condolencia correcta que la ciudad reservaba a las familias de su posición, y el entierro se organizó con la dignidad que el difunto habría exigido si hubiera podido exigir algo. Las gemelas heredaron la fortuna completa por partes iguales, como establecía el testamento que Don Carlo había redactado con la misma precisión con que había redactado todos sus documentos importantes, y la boda de Aurelia y el Marchese, que estaba prevista para la primavera, quedó postergada por el tiempo de duelo que el protocolo requería.

Era lo que correspondía. Era exactamente lo que correspondía.

Los días del duelo transcurrieron con esa lentitud particular que tienen los períodos en que la vida ordinaria se suspende y todo lo que queda es la presencia del hecho que lo ha suspendido. Las visitas de condolencia llenaron la sala de la mansión durante una semana: familias nobles de Milán, socios comerciales de Don Carlo, representantes de las casas con quienes los Trivulzio tenían relaciones, y el Marchese Belgioioso, que llegó el segundo día con su secretario y estuvo con Aurelia el tiempo que el protocolo permitía, tomándole las manos y diciéndole algo en voz baja que solo ella escuchó y que la hizo bajar los ojos con una expresión que Donatella, desde el otro extremo de la sala, interpretó como la de alguien que recibe algo que necesitaba recibir.

Isadora recibió a todos los visitantes con la compostura que la situación requería, agradeció las condolencias con las palabras justas, acompañó a Aurelia en los momentos en que Aurelia necesitaba ser acompañada, y en ningún momento de esa semana dio a nadie la menor razón para pensar en ella de ninguna manera particular.

Una tarde, cuando las visitas habían terminado y la casa había recuperado algo de su silencio, Donatella encontró a Isadora sola en la biblioteca de su padre, de pie en el centro de la habitación, mirando el sillón junto a la ventana donde Don Carlo había pasado tantas horas. No estaba haciendo nada. Solo mirando.

—¿Cómo estás? —le preguntó Donatella, con la misma pregunta de siempre.

Isadora se volvió hacia ella. Y por un momento, solo un momento, en su rostro hubo algo que Donatella no habría sabido nombrar con precisión: no era dolor, o no solo dolor, sino algo más complicado, más mezclado, del tipo que tiene las personas cuando sienten cosas que no deberían sentir o no sienten cosas que deberían.

—Extrañaré esta habitación —dijo Isadora, finalmente, mirando de nuevo el sillón—. Él era difícil, pero era predecible. Y la predictibilidad, cuando uno crece con ella, termina siendo también una forma de seguridad.

Donatella asintió despacio.

—Sí —dijo—. Eso es verdad.

Ninguna de las dos dijo nada más. Y en ese silencio, que esta vez tenía una textura diferente a los anteriores, más abierta y más honesta, las dos mujeres permanecieron un momento en la biblioteca de Don Carlo Trivulzio, rodeadas por sus libros y sus mapas y el olor a tabaco y a cuero que el tiempo no había borrado todavía y que tardaría en borrar, mientras afuera el otoño lombardo terminaba de consumirse con esa belleza tranquila e inevitable que tienen las cosas cuando llegan a su fin natural.

CAPÍTULO 10

La capilla

Mansión Trivulzio, Milán, otoño de 1833

La capilla familiar de los Trivulzio ocupaba el extremo sur de la planta baja de la mansión, en ese punto donde el edificio principal se unía con el ala más antigua mediante un corredor de piedra que en invierno era el lugar más frío de la casa y en verano el más fresco.

Era un espacio pequeño, de proporciones recogidas, con un techo de bóveda baja que el tiempo había oscurecido sin llegar a ennegrecerlo del todo, y dos ventanas estrechas en el muro lateral que en las mañanas dejaban entrar una luz oblicua y en las tardes nada.

En el altar había una imagen de la Virgen María tallada en madera, de factura modesta pero de expresión genuina, que Maria Beatrice Litta había encargado a un artesano de Bergamo el año de su matrimonio. Aurelia, desde niña, decía que se parecía a su madre. Nadie le contradecía.

Los cirios que ardían frente a la imagen eran de cera blanca, del tipo reservado para las familias de cierta categoría, y los candelabros de bronce que los sostenían eran pesados y sólidos, fabricados para perdurar. Ardían siempre, porque era una de las obligaciones de la servidumbre mantenerlos encendidos, y su luz daba a la capilla esa atmósfera ambigua de lo sagrado donde el tiempo parece moverse de otra manera.

El día del funeral de Don Carlo, cuando los últimos visitantes se habían ido y la casa había quedado con el silencio pesado que dejan los rituales sociales cuando terminan, Isadora se acercó a su hermana en la sala con una expresión que era la de la aflicción contenida y también la de algo más íntimo.

—Voy a rezar un rato a la capilla —le dijo, en voz baja—. Por la memoria de papá. Necesito estar un momento sola con eso. ¿Vendrías tú también después? No ahora si no quieres, pero un rato, cuando te sientas lista. Me gustaría no estar completamente sola esta noche.

Aurelia la miró con esa mirada suya que siempre iba un poco más adentro de lo que la situación pedía.

—Voy contigo ahora —dijo—. No hace falta que espere.

—Prefiero que vengas en un rato —dijo Isadora, con una suavidad que no dejaba espacio para el desacuerdo—. Dame unos minutos primero. Necesito ese momento sola antes de compartirlo.

—Como quieras —dijo Aurelia, con la comprensión sencilla de quien respeta que el duelo ajeno no siempre tiene la misma forma que el propio.

Isadora le tocó el brazo brevemente y se dirigió hacia el corredor. Antes de llegar a la capilla se detuvo junto a Battista y a los dos criados que recogían los últimos objetos de las visitas.

—Esta noche no los vamos a necesitar en esta parte de la casa —les dijo, con la naturalidad de quien da una instrucción doméstica—. Pueden retirarse a sus aposentos. Mi hermana y yo queremos rezar a solas por nuestro padre, sin interrupciones.

—Como diga la señorita —respondió Battista, con la inclinación de rigor.

Isadora entró sola en la capilla. La luz de los cirios convertía el pequeño espacio en algo que era a la vez familiar y diferente, con esas sombras que el fuego produce y que las otras luces no saben producir. La imagen de la Virgen la miraba con la expresión que Aurelia decía que se parecía a

su madre, y Isadora se quedó frente a ella un momento, no de rodillas sino de pie, con los brazos a los costados y la mirada directa.

No rezó.

Luego fue por Aurelia.

La encontró en la sala, sentada junto a la ventana con las manos en el regazo y la vista en el jardín oscuro. Isadora le ofreció el brazo con un gesto que era a la vez una invitación y un apoyo, y Aurelia lo tomó con la confianza simple de quien no tiene razones para no tomarlo, y las dos hermanas caminaron juntas por el corredor hasta la capilla, con el sonido de sus pasos sobre la piedra y el silencio de la mansión alrededor.

—¿Cómo estás? —preguntó Aurelia, mientras caminaban, con esa voz suya de cuando la pregunta era genuina y no protocolo.

—Mejor estando contigo —dijo Isadora.

Entraron. Aurelia se arrodilló en el reclinatorio frente a la imagen y juntó las manos con ese gesto suyo de devoción genuina que nunca había sido aprendido sino simplemente suyo. Cerró los ojos.

Isadora se arrodilló a su lado.

El silencio de la capilla era el silencio particular de los espacios pequeños y cerrados, donde el sonido de la propia respiración se vuelve audible y el tiempo tiene una textura diferente. Los cirios ardían con esa regularidad que tienen las llamas cuando no hay corriente de aire que las perturbe.

Pasaron unos minutos.

Aurelia rezaba con la concentración que ponía en todo lo que consideraba importante, con los ojos cerrados y los labios apenas moviéndose. No oyó nada. No sintió nada. Solo la textura de sus propias oraciones y el calor de los cirios en la cara.

Isadora se puso de pie.

Lo que ocurrió después ocurrió en el tiempo que tarda en ocurrir, que es un tiempo muy breve y al mismo tiempo el más largo de todos los tiempos posibles, dependiendo de desde dónde se mire. La voz que ha seguido a estas dos mujeres desde su nacimiento elige en este punto no describir el golpe. Describe el sonido: único, definitivo, el del bronce pesado contra algo que no es bronce, seguido de un silencio cualitativamente diferente al que había antes, como si el aire de la capilla hubiera cambiado de naturaleza en ese instante.

Luego describe lo que hay en el suelo de piedra frente al reclinatorio: una figura inmóvil, con el cabello castaño extendido alrededor de la cabeza, y la sangre que empieza a dibujarse sobre las losas en un patrón que la luz de los cirios convierte en algo que desde cierto ángulo podría ser casi bello, si uno pudiera permitirse esa palabra.

Isadora devolvió el candelabro a su lugar junto al altar. Se quitó su camafeo. Lo intercambió con el de su hermana, ajustando cada uno en su

lugar con la meticulosidad de quien sabe que los detalles son la diferencia entre lo que funciona y lo que no. Salió de la capilla. Cerró la puerta.

Caminó por el corredor de piedra hacia el ala principal de la mansión y subió la escalera que llevaba a los aposentos privados, dirigiéndose no a su habitación sino a la de Aurelia. Entró. Cerró la puerta. Se sentó en el borde de la cama en la oscuridad, y esperó.

A la mañana siguiente fue Ginevra, la criada que limpiaba la capilla cada madrugada, quien encontró lo que había que encontrar. Fue a buscar a Battista con la premura silenciosa que la situación requería, y Battista llegó, vio, y antes de llamar al médico o despertar a nadie, hizo lo primero que su instinto le indicó: comprobar el camafeo.

Era el de Isadora.

Las autoridades milanesas que llegaron después siguieron la misma lógica. El camafeo decía que la muerta era Isadora. El camafeo era el sistema de identificación establecido en esa casa desde hacía años. No había razón para dudar de él. La explicación que se impuso fue la de una agresión por parte de un ladrón desconocido que al ser sorprendido había huido sin consumar el robo.

Había lagunas, sí: ninguna ventana forzada, ningún objeto desaparecido. Pero las lagunas en una explicación plausible son menos perturbadoras que la ausencia de explicación, y el expediente se cerró con la vaguedad burocrática que en ese siglo y ese lugar servía para dar por resueltas las cosas que no podían darse por resueltas.

Cuando Battista fue a llamar a la puerta de los aposentos de Aurelia para comunicarle la noticia, la gemela que abrió escuchó lo que él le decía con una expresión que fue de la confusión al horror con la progresión natural de quien recibe algo que no puede procesar de inmediato. Lloró. De una manera que Battista encontró completamente genuina, porque era el llanto de alguien que ha perdido algo real.

El Marchese Alessandro Belgioioso llegó antes que nadie esa mañana, alertado por un mensaje de Battista. Cuando entró a la sala y vio a la gemela sobreviviente con Donatella a su lado, cruzó el espacio y se arrodilló frente a ella y le tomó las manos sin decir nada durante un momento.

—Aurelia —dijo finalmente, con una voz que era baja y firme al mismo tiempo—. Estoy aquí. Y voy a seguir estándolo.

La gemela que tenía enfrente levantó la vista hacia él con esos ojos verdes enrojecidos y asintió apenas, apretando sus manos con las suyas.

—Gracias —dijo, en un susurro.

—No hay nada que agradecer —dijo el Marchese—. Es lo que corresponde. Es lo que quiero.

Donatella, desde su silla al lado, observó ese momento con la atención de siempre. Y observó también, con esa otra atención suya que llevaba décadas afilando sin proponérselo, algo en los ojos de la gemela que tenía enfrente del Marchese que no era exactamente lo que debería haber sido. No lo nombró. Ni siquiera lo pensó con palabras todavía. Solo lo guardó, con la paciencia de quien sabe que las cosas importantes no siempre revelan su naturaleza en el momento en que aparecen.

Desde ese día, en Milán, solo quedó una de las gemelas Trivulzio.

Todos creyeron saber cuál.

Los días que siguieron al entierro de la que Milán creyó que era Isadora tuvieron la textura peculiar de los períodos en que el duelo y los trámites sociales se superponen sin dejar espacio para ninguna de las dos cosas por separado. Las visitas de condolencia continuaron durante varios días, con la misma procesión de caras conocidas y palabras de consuelo que la muerte de Don Carlo había generado un día antes de la muerte de la que creyeron todos era Isadora.

La gemela sobreviviente las recibió a todas con una compostura que los visitantes atribuían al carácter conocido de Aurelia y que Donatella, que la conocía mejor que nadie, observaba con esa atención particular suya que no se apresuraba a concluir nada.

Una tarde, cuando la sala había quedado vacía de visitas y la casa respiraba por fin con algo parecido a su ritmo normal, Donatella encontró a la futura marquesa sola en la biblioteca de Don Carlo, de pie en el centro de la habitación, mirando el sillón junto a la ventana donde él había pasado tantas horas. Era la misma postura, el mismo sillón, la misma luz de tarde que Donatella había visto semanas antes desde el umbral. Y sin embargo algo era diferente, aunque no habría sabido decir exactamente qué.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó, con esa llaneza de siempre.

La gemela se volvió hacia ella. Y en su rostro había algo que Donatella registró sin analizarlo todavía: no era el dolor simple del duelo, sino algo más mezclado, con capas que no correspondían del todo a la situación que las debería haber producido.

—Pensaba en él —dijo—. En cómo era este cuarto cuando él estaba. El olor todavía no ha cambiado.

—El olor tarda —dijo Donatella—. Es lo último que se va.

—¿Cuánto tiempo?

—Depende —dijo Donatella—. De la casa. De la persona. Algunas cosas permanecen más de lo que uno esperaría.

La gemela asintió despacio, mirando de nuevo el sillón, y luego se volvió hacia la puerta con esa manera suya de dar por terminada una conversación que ya había dado lo que tenía que dar.

—Gracias, Donatella —dijo, al pasar junto a ella.

—No hay nada que agradecer —dijo Donatella.

Y se quedó sola en la biblioteca, mirando el sillón que la otra también había estado mirando, pensando que en ese agradecimiento había algo que no terminaba de encajar, algo pequeño y difícil de nombrar, del tipo que se instala en la memoria sin pedir permiso y que permanece ahí, esperando el momento en que uno entienda para qué sirve.

El Marchese visitó la mansión varios días más durante ese período de duelo, siempre con la corrección y el afecto genuino que lo caracterizaban, y en cada una de esas visitas Donatella observaba lo mismo: la gemela recibía su presencia con algo que era gratitud y también otra cosa, algo que en Aurelia, la Aurelia que Donatella había conocido durante años, habría sido perfectamente congruente, pero que en la manera concreta en que esta gemela lo expresaba tenía a veces, solo a veces, un matiz que no terminaba de ser completamente el mismo.

No eran cosas grandes. Eran cosas pequeñas. Del tipo que solo ve quien mira con la atención que Donatella había desarrollado durante décadas de querer a las personas con la suficiente profundidad como para conocerlas de verdad.

Las guardó todas. Con paciencia. Con la convicción tranquila de que el tiempo, que es el único instrumento que no falla nunca, terminaría por revelar lo que todavía no podía revelar.

CAPÍTULO 11

La marquesa

Palazzo Belgioioso, Milán, 1834

La boda de Aurelia Trivulzio y el Marchese Alessandro Belgioioso se celebró en la primavera de 1834, una vez concluido el período de duelo que el protocolo requería después de las muertes de Don Carlo y de Isadora, que habían ocurrido con una proximidad tan dolorosa que Milán las recordaba juntas, como si el destino hubiera decidido cobrar dos deudas al mismo tiempo sin dar margen para recuperarse entre una y otra.

La ceremonia fue en San Babila, con la concurrencia que correspondía a una unión de ese rango, y quienes estuvieron presentes recordarían después la imagen de la novia con ese cabello castaño recogido bajo el velo y esos ojos verdes que miraban al Marchese con una expresión que los más sentimentales de los presentes describieron como amor y que los más observadores describieron como algo más complejo, aunque sin poder precisar qué.

El Palazzo Belgioioso recibió a su nueva señora con la indiferencia elegante de los edificios viejos que han visto pasar demasiadas cosas

como para sorprenderse de ninguna. Los frescos del techo seguían siendo los mismos, los mármoles del piso devolvían los pasos con la misma resonancia de siempre, y la araña de cristal veneciano del salón principal ardía con la misma luz que había ardido la noche de la velada en que todo había empezado, aunque ahora la mujer que caminaba bajo ella tenía un título diferente y una vida diferente y un nombre diferente al que había tenido cuando la vio por primera vez.

Los primeros meses del matrimonio transcurrieron con la normalidad que Alessandro había imaginado y deseado: una casa bien organizada, una esposa de inteligencia y presencia que sabía estar en los lugares que su nueva posición requería, conversaciones en la mesa que eran genuinamente interesantes, y la satisfacción tranquila del hombre que ha construido algo que tiene solidez y que confía en que esa solidez va a perdurar.

Fue en esa satisfacción donde empezaron a aparecer, con la discreción de las grietas que se abren despacio en las paredes bien construidas, las primeras señales de algo que Alessandro no sabía cómo nombrar porque no tenía un nombre claro.

No era que su esposa fuera diferente a lo que había esperado. Era que era diferente a lo que recordaba. Y la diferencia entre esas dos cosas, que podría parecer pequeña, resultaba en la práctica considerable.

Una noche, después de una cena con invitados que había transcurrido sin ningún incidente visible, Alessandro y su esposa se quedaron solos en el salón mientras los criados recogían. Él llenó dos copas de vino y le ofreció una con ese gesto suyo que era cotidiano y al mismo tiempo, en él, siempre un poco deliberado, porque Alessandro era un hombre que no hacía nada completamente sin intención.

—Estuviste brillante esta noche —dijo, con una sinceridad que no requería adornos—. El Conde Visconti no sabía dónde meterse después de lo que le dijiste sobre los aranceles austriacos.

—Estaba equivocado —respondió ella, tomando la copa—. Y cuando alguien está equivocado en algo que importa, callarse es una forma de complicidad.

—Estoy de acuerdo —dijo Alessandro—. Aunque hay maneras y maneras de decirlo.

—La manera directa es la más eficiente —dijo ella.

Alessandro la miró un momento con esa atención que tenía para las cosas que merecían atención.

—Sí —dijo—. Aunque no siempre es la que más te caracterizaba antes.

Hubo una pausa breve.

—El duelo cambia a las personas —dijo ella, con una voz que era completamente estable—. Perder a un padre y a una hermana en tan

poco tiempo cambia la manera en que uno se relaciona con el mundo. Ya no tengo la misma paciencia para las cosas que no la merecen.

Alessandro asintió despacio, mirando su copa.

—Es comprensible —dijo—. Y no te lo reprocho. Solo lo noto.

—¿Te molesta?

—No —dijo él, con esa honestidad suya sin exceso—. Me sorprende a veces. Pero no me molesta.

Ella asintió y bebió un sorbo de vino, y la conversación derivó hacia otros temas con la naturalidad de las conversaciones entre dos personas que han aprendido a habitarse sin necesitar explicarlo todo.

Pero Alessandro no olvidó lo que había notado. Lo guardó en ese lugar donde los hombres cuidadosos guardan las cosas que no tienen todavía suficientes elementos para analizar, con la intención de regresar a ellas cuando los elementos lleguen.

Llegaron de varias maneras y en varios momentos durante esos primeros meses. Estaba la manera en que su esposa montaba a caballo, que era con una audacia que él no le recordaba de los tiempos en que la había conocido en los jardines y en los salones, y que más de una vez había hecho que el mozo de cuadra lo mirara con una expresión entre la admiración y la inquietud.

Estaba la manera en que entraba a una sala, que era con un tipo de movimientos que no concordaba del todo con la imagen que él tenía de Aurelia moviéndose por los espacios, más pausada, más atenta a lo que había a su alrededor antes de ocuparlo.

Y estaba, sobre todo, la manera en que a veces lo miraba: con una intensidad que era plenamente consciente de sí misma, que no se disimulaba ni se excusaba, y que en ciertos momentos le recordaba a alguien que él había conocido y que ya no podía recordar sin la incomodidad de quien evoca a los muertos.

Una mañana, mientras desayunaban solos en la sala pequeña que usaban cuando no había invitados, su esposa leyó en voz alta un párrafo de la gaceta que tenía delante, un comentario sobre las nuevas regulaciones austriacas sobre el comercio de seda, y lo leyó con una entonación que Alessandro escuchó durante un segundo con la sensación extraña de que esa no era la voz que esperaba, antes de que la sensación se disolviera en la normalidad del desayuno y de la mañana.

—¿Qué opinas? —le preguntó ella, dejando la gaceta.

—Que los austriacos están apretando donde más duele —dijo Alessandro —. Y que tu padre lo habría dicho exactamente igual pero con menos palabras.

Ella sonrió ante eso, una sonrisa que era genuina y que al mismo tiempo, por alguna razón que Alessandro no supo articular, le produjo una ligera incomodidad que pasó tan rápido como había llegado.

—Lo habrías conocido bien si hubieras tenido más tiempo —dijo ella.

—Sí —dijo Alessandro—. Lo creo también.

Dejó la servilleta sobre la mesa y se levantó con ese movimiento suyo de siempre.

—Esta tarde tengo reunión con los abogados sobre la herencia de los Trivulzio —dijo—. ¿Quieres estar presente?

—Prefiero que me cuentes después —dijo ella—. Los abogados me agotan.

Alessandro asintió y salió de la sala. En el corredor se detuvo un momento, con la mano en el marco de la puerta, con esa expresión de quien está a punto de recordar algo y no termina de recordarlo. Luego siguió caminando, porque los abogados esperaban y porque las cosas que no se terminan de recordar suelen resolverse solas con el tiempo, hacia un lado o hacia el otro.

En la sala, su esposa dobló la gaceta con una precisión que era innecesaria para ese gesto simple, y miró por la ventana el jardín del Palazzo que en esa primavera temprana estaba empezando a despertar con los primeros verdes del año. Lo miró durante un rato, con esa expresión que los criados del Palazzo habían aprendido a reconocer como la de su señora cuando estaba pensando en algo que no iba a compartir con nadie.

Donatella no estaba todavía en el Palazzo. Seguía en la casa de la Vía Borghese donde se había retirado al quedarse sin trabajo en la mansión Trivulzio, en ese cuarto pequeño y suficiente que era todo lo que necesitaba a su edad. Pero pensaba en las gemelas con la regularidad de quien no puede dejar de pensar en lo que ha querido de verdad, y a veces, en las noches más silenciosas, se preguntaba cosas que de día no se permitía preguntarse, sobre todo aquello que había guardado en su memoria con la paciencia del que espera sin saber exactamente qué espera.

Por ahora, el Palazzo Belgioioso seguía su ritmo. La nueva marquesa cumplía con todo lo que su posición requería, y Alessandro la amaba con esa lealtad profunda y sin fisuras que era su manera de amar. Y si había algo en esa vida que no terminaba de encajar del todo, era algo tan pequeño y tan difícil de nombrar que resultaba imposible saber, todavía, si era real o si era simplemente la sombra que dejan los duelos cuando no han terminado del todo de pasar.

El asunto del hijo llegó antes de que terminara el verano de ese primer año de matrimonio, y llegó de la manera en que Alessandro acostumbraba a tratar los asuntos que le importaban de verdad:

directamente, sin rodeos, en un momento en que los dos estaban solos y sin la presión de ninguna obligación inmediata.

Era una tarde de agosto, con el calor lombardo en su punto más alto y las persianas del salón entornadas para mantener algo de frescor. Alessandro había dejado los papeles a un lado y miraba a su esposa, que leía en el sillón junto a la ventana con esa concentración suya que hacía que el mundo a su alrededor dejara de existir mientras duraba.

—Quiero hablar de algo —dijo.

Ella levantó la vista del libro con esa atención rápida que tenía para los cambios de tono en su voz.

—Dime.

—Quiero un hijo —dijo Alessandro, con la sencillez de quien dice algo que lleva tiempo siendo verdad y que ya no tiene razón para no decirlo—. Lo quiero con la misma seriedad con que he querido todo lo que importa en mi vida. El apellido, la continuidad de lo que hemos construido, pero sobre todo porque creo que somos capaces de darle a un hijo algo que vale la pena recibir. ¿Qué piensas tú?

Ella cerró el libro despacio y lo dejó en el regazo. Hubo una pausa que Alessandro no interrumpió porque conocía el valor de las pausas cuando la persona que tiene enfrente las necesita.

—Pienso que es algo que requiere tiempo —dijo finalmente—. Que no es una decisión que se toma como se toma la de cambiar la disposición de los muebles en un salón.

—No te estoy pidiendo que lo decidas ahora mismo —dijo Alessandro, con una paciencia que era genuina—. Te estoy diciendo lo que quiero para que lo sepas. Para que lo tengas presente.

—Lo tendré presente —dijo ella.

Alessandro la miró un momento más, con esa atención suya que nunca juzgaba sino que simplemente observaba.

—¿Hay algo que te preocupe de eso? —preguntó—. ¿Algo que no me estés diciendo?

—No —dijo ella, con una brevedad que cerraba la conversación sin violentarla—. Solo necesito tiempo. Es todo.

Alessandro asintió y recogió sus papeles. No volvió al tema esa tarde. Pero algo en esa conversación quedó flotando en el aire del salón con la persistencia de las cosas no del todo resueltas, y cuando esa noche Alessandro apagó la luz en su habitación y escuchó el silencio del Palazzo a su alrededor, pensó que había en la respuesta de su esposa algo que no era exactamente lo que había esperado, sin poder precisar por qué ni en qué.

Era una sensación pequeña. Del tipo que uno descarta por la mañana cuando el día tiene cosas más concretas que atender.

Pero que volvía.

Con la puntualidad discreta de las cosas que saben que su momento todavía no ha llegado pero que no tienen ninguna intención de marcharse.

CAPÍTULO 12

La nana que regresa

Palazzo Belgioioso, Milán, 1835

Fue Alessandro quien tuvo la idea, aunque la idea llegó a él de la manera indirecta en que a veces llegan las mejores ideas: no como una conclusión propia sino como la respuesta a algo que había estado observando durante meses sin saber exactamente qué observaba.

Lo que observaba era que su esposa, en los casi dos años que llevaban casados, no había encontrado en el Palazzo Belgioioso lo que él habría llamado una amiga. Tenía conocidas, tenía las mujeres de los otros matrimonios de su posición con quienes compartía las obligaciones sociales de su rango, tenía una relación correcta con el ama de llaves y con las damas de compañía que Alessandro había puesto a su disposición.

Pero no tenía a nadie con quien hablar de verdad, con esa profundidad que requiere un interlocutor que te conoce desde antes de que fueras lo que eres ahora, y esa ausencia, que su esposa nunca nombraba y que Alessandro solo podía percibir en ciertos silencios de las noches largas, le parecía una carencia que valía la pena intentar remediar.

Fue el propio Alessandro quien escribió a la dirección que Battista le había proporcionado, una carta breve y directa en la que le explicaba a Donatella Ferreri que su esposa la echaba de menos, que el Palazzo Belgioioso tenía espacio de sobra y comodidades que una mujer de su edad merecía después de tantos años de servicio, y que si ella consideraba aceptable la propuesta, sería bien recibida no como sirvienta sino como parte de la casa.

Donatella recibió la carta un martes por la mañana, sentada junto a la ventana de su cuarto pequeño de la Vía Borghese con una taza de café que se había enfriado mientras leía. La leyó dos veces. Luego la dobló con cuidado y la dejó sobre la mesa, y se quedó mirando la calle durante un buen rato, con esa expresión de quien está sopesando algo que tiene más capas de las que parecen visibles desde fuera.

Esa tarde le escribió su respuesta al Marchese: que agradecía la invitación, que era generosa más allá de lo que merecía, y que la aceptaba con gusto si la señora marquesa así lo deseaba también.

La señora marquesa lo supo esa misma noche, cuando Alessandro le mencionó en la cena que Donatella había aceptado.

—¿Le escribiste tú? —preguntó ella, con una expresión en el rostro que Alessandro leyó como sorpresa genuina.

—Le escribí —dijo Alessandro—. Me pareció que te haría bien tenerla cerca. Y ella merece una vejez más cómoda de la que tiene.

Ella lo miró un momento con esos ojos verdes que a veces lo desconcertaban por su intensidad.

—Es muy considerado de tu parte —dijo finalmente.

—No es consideración —dijo Alessandro, con esa honestidad directa suya —. Es que te conozco lo suficiente para saber cuándo te falta algo, aunque no lo digas.

Ella no respondió a eso, o respondió de la manera en que Isadora respondía a las cosas que la desarmaban sin que ella hubiera previsto que iban a desarmarla: bajando levemente la vista y asintiendo con una brevedad que contenía más de lo que mostraba.

Donatella llegó al Palazzo Belgioioso un jueves de marzo, con una maleta pequeña y esa manera suya de entrar a los sitios con la tranquilidad de quien sabe cuál es su lugar en el mundo independientemente del lugar específico en que se encuentre. La marquesa la recibió en el vestíbulo con una calidez que los criados del Palazzo que lo presenciaron encontraron conmovedora, y que Donatella recibió con su habitual mezcla de afecto genuino y observación silenciosa.

—Me alegra que hayas venido —le dijo la marquesa, tomándole las manos.

—Me alegra estar —dijo Donatella—. Aunque espero no ser una carga para nadie.

—Nunca lo has sido —dijo la marquesa—. Y no vas a empezar ahora.

Se instalaron juntas en uno de los salones pequeños del ala sur, con el té que había pedido la marquesa y la luz de esa tarde de marzo que entraba oblicua por las ventanas con esa calidad particular del final del invierno cuando ya ha decidido irse pero todavía no del todo.

Hablaron durante horas, de los años en la mansión Trivulzio, de las gemelas de niñas, de Don Carlo y de Maria Beatrice, de todas esas cosas que solo se pueden hablar con alguien que las vivió también desde adentro.

Donatella escuchaba y hablaba con la naturalidad de siempre, pero al mismo tiempo, con esa otra atención suya que nunca se apagaba del todo, observaba. Observaba la manera en que la marquesa hablaba de su infancia, los detalles que elegía y los que omitía, las pequeñas inflexiones de voz que acompañaban ciertos recuerdos. Era una observación sin hipótesis previa, del tipo que Donatella hacía cuando quería entender algo sin contaminar la comprensión con lo que ya creía saber.

Esa primera tarde no llegó a ninguna conclusión. Pero guardó lo que observó con la paciencia de siempre.

Los días que siguieron establecieron una rutina que le resultó a Donatella más familiar de lo que había esperado: las mañanas con la marquesa en el salón pequeño, las tardes con las obligaciones sociales del Palazzo que la marquesa cumplía con una competencia que nunca dejaba de sorprender a quienes la veían por primera vez, las noches en que Alessandro llegaba de sus reuniones y se sentaba con las dos mujeres un rato antes de cenar, con esa manera suya de hacer que la conversación fluya sin que parezca que está haciendo ningún esfuerzo.

En esas veladas de tres, Donatella observó también a Alessandro, y lo que vio en él la afectó de una manera que no había esperado: era un hombre genuinamente bueno, en ese sentido profundo y poco frecuente de la palabra que no tiene que ver con la amabilidad superficial sino con una manera de estar en el mundo que tiene en cuenta a los demás sin necesitar que nadie se lo reconozca. Lo veía en cómo le hablaba a su esposa, en cómo la escuchaba, en esa manera suya de notar las cosas que a ella le importaban sin que ella tuviera que decírselas.

Y lo veía también en algo más pequeño y más revelador: en la manera en que a veces, en medio de una conversación, Alessandro miraba a su esposa con una expresión que era amor pero también era una pregunta que él mismo no sabía todavía que estaba haciéndose.

Una tarde, mientras la marquesa estaba ocupada con la modista en el piso de arriba y Alessandro había salido a sus asuntos, Donatella se quedó sola en el salón pequeño con su costura y sus pensamientos. Repasó mentalmente, con la meticulosidad de siempre, todo lo que había observado en esas semanas. Las cosas pequeñas. Las inflexiones. Los detalles.

Y luego, casi sin querer, se acordó de algo que había guardado durante años en ese lugar interior donde guardaba las cosas que no sabía todavía para qué le iban a servir: la imagen de una niña de unos doce años, sola en su habitación en la mansión Trivulzio, con una daga pequeña en la mano y una expresión de determinación que no era propia de una niña de doce años.

Lo había guardado tanto tiempo y con tanta fidelidad que podía verlo con la misma claridad que el día en que había ocurrido.

Dejó la costura en el regazo y se quedó quieta un momento, mirando las flores del tapizado del sillón frente a ella sin verlas realmente.

Luego retomó la costura, porque había cosas que necesitaban confirmación antes de poder nombrarse, y la confirmación de esa cosa en particular solo podía llegar de una manera: viendo lo que no había visto todavía.

Esperaría el momento.

Con la paciencia que le había dado toda una vida de querer a las personas con la suficiente profundidad como para no abandonarlas cuando las cosas se ponían difíciles. Y con la conciencia tranquila de que ese momento, cuando llegara, iba a cambiar todo.

El momento llegó antes de lo que Donatella había calculado, aunque de la manera más prosaica posible: la marquesa enfermó de fiebres a finales de marzo, unas fiebres que el médico del Palazzo diagnosticó como tifoidea leve y que la pusieron en reposo estricto durante más de una semana, con los remedios habituales y la instrucción de mantenerse abrigada y bien hidratada.

Fue durante esos días cuando Donatella la atendió con la misma naturalidad con que la había atendido cuando era niña en la mansión Trivulzio, cambiándole los paños fríos en la frente, supervisando que tomara los preparados del médico, y en las horas más duras de la fiebre, cuando la marquesa dormía con ese sueño agitado que dejan las temperaturas altas, sentándose a su lado simplemente para estar ahí, que es lo que uno puede ofrecer cuando lo que hay que ofrecer no cabe en ninguna acción concreta.

Una de esas mañanas, cuando la fiebre había bajado lo suficiente para que la marquesa pudiera dormir con más tranquilidad, Donatella le cambió las sábanas con la eficiencia de siempre y luego la ayudó a ponerse un camisón limpio, sosteniendo su brazo derecho con una mano y pasando la manga con la otra. Luego el brazo izquierdo.

Se detuvo.

Lo que vio en el interior del pliegue del codo izquierdo era algo que no medía más de dos centímetros, lineal, antigua, casi borrada por el tiempo pero todavía ahí para quien supiera buscarla exactamente donde debía buscar.

Donatella no dijo nada. Terminó de poner el camisón con la misma eficiencia de antes, acomodó a la marquesa entre las almohadas, y se sentó en la silla junto a la cama con las manos en el regazo y la mirada en el rostro dormido frente a ella.

El cabello castaño extendido sobre la almohada. Los ojos cerrados. La respiración ya más regular, más tranquila, de quien ha pasado lo peor y empieza a recuperarse.

Donatella la miró durante un tiempo largo, sin prisa, con esa atención suya que ahora tenía una dirección completamente diferente a la de todos los días anteriores. Porque lo que había visto en el pliegue del codo izquierdo no era la cicatriz de Aurelia.

Aurelia no tenía esa cicatriz.

La tenía Isadora.

La había visto hacérsela, hacía ya muchos años, en la habitación de la mansión Trivulzio, con una daga pequeña y esa expresión de

determinación que no era propia de una niña de doce años. La había guardado durante todos esos años en ese lugar interior donde guardaba las cosas que no sabía todavía para qué le iban a servir. Y ahora lo sabía.

Alessandro entró a la habitación poco después con la puntualidad de quien ha estado esperando el momento en que podía interrumpir sin molestar.

—¿Cómo está? —preguntó, en voz baja, mirando a su esposa dormida con esa expresión suya de amor que no necesitaba decirse para ser visible.

—Mejor —dijo Donatella, con su voz de siempre—. La fiebre bajó esta mañana. Creo que en dos o tres días estará bien del todo.

—Gracias por estar con ella —dijo Alessandro, con una sinceridad que no tenía en él ninguna fórmula—. No sé lo que haría sin usted en esta casa, Donatella.

—Usted haría exactamente lo que hace —dijo Donatella—. Que es lo correcto. Siempre.

Alessandro la miró un momento, con esa atención suya para las personas que le importaban.

—¿Está usted bien? —preguntó—. Parece cansada.

—Estoy bien —dijo Donatella—. Solo he dormido poco estos días. Es lo que corresponde cuando alguien que uno quiere necesita que uno esté despierto.

Alessandro asintió, le puso una mano en el hombro brevemente, con ese gesto suyo que era afecto sin exceso, y se acercó a la cama para sentarse junto a su esposa y tomarle la mano con la suavidad de quien no quiere despertar lo que duerme pero necesita el contacto para saber que está ahí.

Donatella los observó un momento, a los dos, en ese silencio de la habitación donde la luz de la mañana entraba suave por las persianas entornadas. Luego se levantó, recogió el paño húmedo y la bandeja con los preparados del médico, y salió de la habitación con el silencio de quien sabe que hay momentos que pertenecen solo a las personas que están en ellos.

En el corredor, con la puerta cerrada a sus espaldas, se detuvo un momento. Respiró. Y luego caminó hacia sus aposentos con ese paso suyo de siempre, regular y sin prisa, llevando consigo lo que acababa de descubrir con la misma paciencia con que había llevado todo lo demás durante toda su vida.

Todavía no era el momento de hacer nada con ello.

Pero ese momento se estaba acercando. Y cuando llegara, Donatella estaría lista.

CAPÍTULO 13

El secreto de los viejos

Palazzo Belgioioso, Milán, 1835-1836

Donatella tardó varias semanas en hacer algo con lo que sabía, y esas semanas no fueron semanas de duda sino de observación. Era una distinción importante, aunque desde afuera resultara invisible: quien duda no sabe qué busca; quien observa sabe exactamente qué busca y lo que hace es verificar que no se equivoca antes de actuar.

Donatella no se había equivocado en sus más de cuarenta años de querer a las personas con suficiente profundidad como para conocerlas, y no iba a equivocarse ahora. Pero verificar no era una opción sino una obligación, porque lo que estaba en juego no era pequeño y las consecuencias de equivocarse en cualquier dirección eran demasiado grandes para permitirse la precipitación.

Lo que verificó, en esas semanas, fue esto: que la marquesa del Palazzo Belgioioso no era Aurelia Trivulzio.

No lo verificó de una sola vez sino de la manera en que se verifica lo que ya se sabe pero que uno necesita ver confirmado desde varios ángulos antes de poder actuar sobre ello: en la manera de montar a caballo que la marquesa exhibía cuando salía a los terrenos del Palazzo, que era con una audacia que Donatella reconocía porque la había visto durante años en la mansión Trivulzio y que nunca había sido de Aurelia; en la manera de entrar a una sala, de ocupar el espacio con el cuerpo, de mirar a los interlocutores, de una forma que no pedía permiso; en cien detalles pequeños que por separado podían atribuirse a los cambios que producen los años y el matrimonio y el duelo, pero que juntos formaban un patrón que Donatella conocía desde hacía demasiado tiempo como para seguir fingiendo que no lo reconocía.

La marquesa era Isadora.

Y Aurelia llevaba muerta desde el día siguiente del funeral de Don Carlo, aunque Milán creyera lo contrario y aunque el camafeo que llevaba en el cuello dijera otro nombre.

Donatella vivió con eso durante semanas más, en silencio, con la presión particular de quien carga algo demasiado pesado para cargarlo solo y que sin embargo no sabe todavía cómo soltarlo sin que cause daño. Observaba a Alessandro. Lo veía amar a su esposa con esa lealtad profunda y sin fisuras que era su manera de amar, lo veía notar las diferencias sin poder nombrarlas, lo veía preguntarse cosas que no se atrevía a preguntarse del todo.

Y veía también a la marquesa, que vivía su engaño con una competencia que era casi admirable en su sostenida perfección, pero que a veces, en los momentos menos esperados, mostraba esa fisura interior de quien ha

construido una vida sobre algo que no puede sostenerse indefinidamente.

Fue una tarde de octubre, mientras las dos mujeres estaban solas en el salón pequeño con sus labores, cuando Donatella decidió que el momento había llegado.

Lo decidió no porque tuviera un plan sino porque había algo en el silencio de esa tarde, en la manera en que la marquesa miraba su bordado sin verlo realmente, que le dijo que esperar más no iba a servir de nada. Las cosas que necesitan decirse tienen su momento, y ese era el momento de esta.

—Quiero preguntarte algo —dijo Donatella, sin levantar la vista de su costura.

—Dime —respondió la marquesa, con la voz de siempre.

—Una cosa que llevo tiempo queriendo preguntarte y que no he preguntado porque no estaba lista. Ahora lo estoy.

La marquesa levantó la vista del bordado con una expresión que era atención, y en los ojos había algo que reconocía el tono de Donatella como diferente al de otras conversaciones aunque todavía no supiera en qué dirección iba.

—¿Recuerdas —dijo Donatella, despacio, midiendo cada palabra— la habitación de la mansión Trivulzio? ¿La tuya, la que estaba al final del corredor del norte? ¿De cuando tenías doce años?

Hubo una pausa.

—La recuerdo —dijo la marquesa, con cuidado.

—¿Y recuerdas una tarde en particular? Una tarde en que estabas sola en esa habitación, con una daga pequeña, y te hiciste algo en el brazo izquierdo. Aquí. —Donatella señaló el interior de su propio codo con un gesto breve y preciso—. Algo que dejó una marca.

El silencio que siguió a esas palabras fue de una calidad completamente diferente a todos los silencios anteriores de esa tarde. Era el silencio de algo que se detiene.

—No sé de qué me hablas —dijo la marquesa, con una voz que era perfectamente estable y que por esa misma razón decía todo lo que necesitaba decir.

—Creo que sí sabes —dijo Donatella, con la misma calma—. Y creo que sabes también que yo estaba ahí esa tarde. Que te vi. Y que nunca lo dije porque en ese momento no entendía para qué iba a servir decirlo, y porque siempre fuiste mi preferida y no quería causarte un problema por algo que a lo mejor no era más que una travesura de niña.

La marquesa dejó el bordado en el regazo con un movimiento que era demasiado lento para ser completamente natural. Miró a Donatella con

esos ojos verdes que en ese momento tenían una profundidad que no era la de Aurelia sino la otra, la que Donatella había conocido desde la cuna.

—Eso fue hace mucho tiempo —dijo.

—Sí —dijo Donatella—. Y la cicatriz sigue ahí. La vi cuando estuviste enferma y te cambié el camisón. En el interior del codo izquierdo. Dos centímetros, lineal, casi borrada pero todavía ahí. —Hizo una pausa—. Aurelia no tenía esa cicatriz.

El nombre de su hermana en la boca de Donatella produjo algo en el rostro de la marquesa que duró apenas un instante y que no era exactamente ninguna de las cosas que podría haber sido: ni dolor, ni alivio, ni miedo. Era algo más parecido al reconocimiento de quien lleva mucho tiempo esperando que llegue el momento en que ya no puede fingir más, y que cuando llega ese momento descubre que parte de él lo recibe con algo que se parece al descanso.

—¿Qué quieres? —preguntó finalmente, con esa franqueza suya que en ese momento era también la única honestidad que le quedaba.

—Quiero entender —dijo Donatella—. Eso es lo primero. Antes de saber qué hacer con lo que sé, quiero entender qué ocurrió. Cómo ocurrió. Por qué.

La marquesa la miró un momento más. Luego bajó la vista a sus manos, que estaban quietas sobre el bordado abandonado, y habló con la voz de quien ha decidido que ya no tiene sentido seguir construyendo el mismo muro porque el muro ya no sirve para lo que servía.

—Soy Isadora —dijo. Solo eso. Tres palabras que contenían todo lo que seguía y todo lo que no iba a decirse en ese momento.

—Lo sé —dijo Donatella.

—¿Desde cuándo?

—Desde que te vi la cicatriz. Aunque lo sospechaba desde antes, desde que llegué al Palazzo. Hay cosas que uno conoce demasiado bien como para que el tiempo las borre completamente.

Isadora asintió despacio, como si esa respuesta confirmara algo que había intuido.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó.

—Todavía no lo sé —dijo Donatella, con la honestidad de quien realmente no lo sabe—. Lo que sí sé es que hay un hombre en esta casa que merece saber la verdad. Y que esa verdad, cuando salga, va a tener consecuencias que ninguna de las dos puede controlar del todo.

—Si lo dices —dijo Isadora, con una voz que era baja pero completamente firme—, lo pierdo todo.

—Lo sé —dijo Donatella.

—¿Y eso no te importa?

Donatella la miró con esa mirada suya que había desarrollado durante cuarenta años de querer a las personas con la suficiente profundidad como para no mentirles cuando la verdad era lo que necesitaban.

—Me importas tú —dijo—. Siempre me has importado más que cualquier otra persona en este mundo, y eso no ha cambiado. Pero Alessandro también me importa. Y Aurelia me importaba. Y hay cosas que no pueden seguir siendo lo que son porque el peso de sostenerlas termina por aplastar a todo el mundo, incluyendo a quien las sostiene.

Isadora no respondió. Miraba sus manos en el regazo con esa concentración que ponía en las cosas cuando estaba pensando de verdad y no solo procesando.

—Dame tiempo —dijo finalmente.

—Te doy tiempo —dijo Donatella—. Pero no indefinido. Hay cosas que tienen su momento, Isadora. Y ese momento, si no llega por voluntad propia, termina llegando de otra manera.

La conversación terminó ahí, con esa frase flotando en el aire del salón pequeño como el humo de una vela que acaba de apagarse. Las dos mujeres retomaron sus labores con la quietud de quienes han dicho lo que había que decir y ahora necesitan el silencio para asentarlo.

Pero era un silencio completamente diferente al de antes.

Alessandro llegó esa noche de sus reuniones con la puntualidad de siempre, y encontró a las dos mujeres en el salón con sus labores y una conversación sobre las flores del jardín que era completamente normal en todos sus detalles. Se sentó con ellas un rato, bebió su copa de vino, habló de los asuntos del día con esa capacidad suya de dejar el trabajo en la puerta cuando entraba a casa, y no notó nada.

O cuando menos, no notó nada que pudiera nombrar.

Lo que sí notó, aunque no lo pensó con esas palabras, fue que Donatella esa noche lo miraba de una manera que era ligeramente diferente a la de otras noches. Con algo más de atención. Con algo que en otro contexto habría llamado preocupación pero que en Donatella, que no era una mujer dada a las preocupaciones visibles, no sabía cómo llamar.

Lo archivó en ese lugar donde guardaba las cosas que no tenían todavía suficientes elementos para ser analizadas. Y siguió con su noche, con su copa, con la conversación tranquila de las personas que comparten una casa y que creen conocer bien lo que comparten.

El tiempo que Donatella le había dado a Isadora empezaba a correr.

Los días que siguieron a esa conversación fueron los más difíciles que Isadora había vivido desde la noche de la capilla, aunque por razones completamente diferentes. Entonces había actuado porque actuar era lo único que sabía hacer frente a lo que no podía aceptar. Ahora tenía que esperar, y esperar no era algo que Isadora supiera hacer bien, y mucho menos cuando lo que esperaba era su propio desenlace.

Intentó varias veces en esos días retomar la conversación con Donatella en términos que le dieran algún margen de maniobra, alguna salida que no fuera la que Donatella había insinuado sin nombrarla.

Una mañana, encontrándola sola en el corredor del ala sur, se detuvo junto a ella con esa naturalidad calculada que había perfeccionado durante años.

—¿Puedo pedirte algo? —dijo.

—Puedes pedir —dijo Donatella, sin dejar de caminar.

—Que me des más tiempo del que dijiste. Que no hagas nada todavía. Que me dejes pensar en la manera de resolver esto de una forma que no destruya todo lo que hay aquí.

Donatella se detuvo y la miró con esa mirada directa suya.

—¿Y crees que hay una manera así?

—No lo sé todavía —dijo Isadora—. Por eso necesito tiempo.

—El tiempo no cambia lo que ocurrió —dijo Donatella, con una firmeza que no era crueldad sino la honestidad de quien no puede fingir que las cosas son distintas de lo que son—. Lo que pasó en esa capilla y lo que pasó en esa biblioteca no desaparece porque pasen los meses. Y Alessandro merece saber con quién está viviendo.

—Alessandro me quiere —dijo Isadora, y en esa frase había algo que no era exactamente súplica pero que se le acercaba más de lo que Isadora habría querido—. Puede que no a mí, pero a quien cree que soy. Y lo que tenemos, aunque esté construido sobre algo que no debería existir, es real. ¿No cuenta eso para nada?

Donatella la miró durante un momento largo, con esa expresión de quien está sosteniendo algo pesado y eligiendo con cuidado cómo depositarlo.

—Cuenta —dijo finalmente—. Claro que cuenta. Pero no es suficiente para callar lo que no puede seguir callado. No para mí.

Isadora asintió. No dijo nada más. Siguió por el corredor con el paso de siempre.

Pero esa noche, sola en su habitación mientras Alessandro dormía, abrió el cajón de su tocador y sacó el frasco de cristal azulado que había guardado ahí desde la mansión Trivulzio, que había llevado consigo al Palazzo con la misma discreción con que había llevado todo lo demás. Lo miró durante un rato, sosteniéndolo en la mano con esa manera suya de evaluar los objetos y lo que contienen y lo que pueden hacer.

Y luego lo volvió a guardar, porque había decisiones que incluso Isadora necesitaba más de una noche para tomar.

Aunque la noche siguiente sería diferente.

CAPÍTULO 14

La trampa y la verdad

Palazzo Belgioioso, Milán, invierno de 1836

La noche siguiente fue, en efecto, diferente.

Isadora eligió el momento con la misma metodología que había aplicado siempre a las cosas que importaban: esperó a que Alessandro saliera a una de sus reuniones de negocios que a veces se extendían hasta después de la cena, esperó a que la mayor parte de los criados del Palazzo se hubiera retirado a sus aposentos, y luego fue a buscar a Donatella con una copa de vino generoso y la conversación que había preparado para acompañarla.

La encontró en su habitación del ala sur, sentada junto a la pequeña chimenea con su costura y la expresión tranquila de quien ha pasado suficientes años en el mundo como para que pocas cosas lo perturben a esa hora de la noche.

—Te traigo algo de beber —dijo Isadora, desde el umbral, con una naturalidad que no requirió esfuerzo porque Isadora había aprendido hacía mucho tiempo que la naturalidad no es ausencia de esfuerzo sino dominio de él—. Hace frío esta noche y el vino del Marchese es de los buenos.

Donatella la miró con esa mirada suya que llevaba décadas siendo lo que era: directa, sin prisa, sin la ingenuidad de quien no ha visto suficiente y sin el cinismo de quien ha visto demasiado.

—Pasa —dijo.

Isadora entró, dejó la copa sobre la pequeña mesa junto al sillón de Donatella, y se sentó en la silla de enfrente con la copa de vino que había traído para ella misma. Hablaron durante un rato de cosas cotidianas: la temperatura que había bajado esa semana, los preparativos de una velada que el Marchese tenía prevista para el mes siguiente, las flores del jardín que el jardinero había protegido con telas para el frío. Donatella bebió de su copa con la naturalidad de siempre, porque era vino generoso del bueno y porque no había ninguna razón visible para no beberlo.

Fue a la mitad de la segunda copa cuando Donatella sintió lo que sintió.

Primero en la lengua, un entumecimiento leve que podría haber sido el frío o el vino o cualquier otra cosa. Luego en los labios, la misma sensación que se extendía con la lentitud de las cosas que van despacio pero no se detienen. Luego las náuseas, que llegaron con suficiente urgencia como para que Donatella se levantara de su sillón con un movimiento que no había planeado.

—¿Estás bien? —preguntó Isadora, con la voz adecuada.

—Voy a necesitar un momento —dijo Donatella, con esa serenidad suya que no abandonaba ni cuando el cuerpo hacía cosas que la mente no había autorizado.

Isadora se puso de pie, aparentemente para ayudarla, pero Donatella levantó una mano con un gesto que era suficientemente claro para los dos: no la necesitaba. Salió de la habitación con el paso de quien va al cuarto de aseo, y Isadora se quedó sola junto a las dos copas y la chimenea y el silencio del ala sur del Palazzo.

Esperó.

Lo que Donatella sabía sobre el acónito lo sabía de la misma manera en que sabía muchas otras cosas: porque había vivido suficiente tiempo en suficientes casas como para haber acumulado la clase de conocimiento práctico que no se aprende en los libros sino en la experiencia directa. Conocía los síntomas. Los reconoció. Y conocía también que su cuerpo respondía a ciertas cosas de manera diferente a como respondían la mayoría de los cuerpos.

En el cuarto de aseo, Donatella vomitó con la eficiencia del cuerpo que sabe lo que necesita hacer, expulsando la mayor parte de lo que había ingerido junto con la cena abundante de esa noche. Luego se sentó en la pequeña silla junto a la ventana y esperó a que el corazón, que latía con una irregularidad que reconoció como efecto del veneno, empezara a regularizarse.

Tardó. Pero se regularizó.

Cuando estuvo segura de que lo peor había pasado, Donatella tomó la decisión que no le costó tiempo tomar porque era la única que podía tomar y seguir siendo quien era. Llamó a Giacomo Ratti, el sirviente más confiable del Palazzo, y le dio instrucciones en voz baja: que corriera la voz de que su estado era grave, que dijera que probablemente no pasaría la noche, que cubriera su cuerpo con una manta y no dejara que nadie entrara a su habitación hasta que ella lo indicara.

—¿Y si la señora marquesa pregunta? —dijo Giacomo.

—Que pregunte —dijo Donatella—. Dile que estoy muy mal. Que no hay esperanza.

—Como usted mande —dijo Giacomo, y salió a cumplir lo que le habían pedido.

Donatella volvió a su habitación, se acostó en la cama, y esperó. Escuchó desde ahí los pasos de Isadora en el corredor, que eran los pasos de siempre pero con una cadencia ligeramente diferente que reconoció como la de quien acaba de recibir información que esperaba recibir. La puerta de la habitación entreabierta, la silueta de Isadora en el umbral mirando el bulto bajo la manta, y luego los pasos alejándose hacia los aposentos privados.

Donatella esperó una hora más. Luego se levantó y fue a buscar a Alessandro.

Lo encontró en su despacho, revisando correspondencia a esa hora tardía, y cuando Donatella entró cerró la carta que tenía en la mano y la miró con la atención que siempre le daba.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó—. Giacomo me dijo que estaba muy mal.

—Estoy mejor —dijo Donatella—. Pero necesito hablar con usted. Esta noche. Ahora.

Alessandro dejó los papeles sobre el escritorio.

—Siéntese —dijo.

Donatella se sentó y habló durante casi una hora. Le contó todo, en el orden en que las cosas habían ocurrido, sin omitir nada y sin adornar nada. Le contó la cicatriz y lo que significaba. Le contó la confrontación con Isadora y la admisión de identidad. Le contó lo que había en la copa de esa noche y cómo lo sabía. Y le contó, con la misma honestidad, que no era la primera vez que alguien en esa familia había sido envenenado con acónito, aunque la prueba de lo anterior era circunstancial y correspondería a Alessandro decidir qué hacer con ella.

Alessandro la escuchó todo sin interrumpirla. Sin cambiar de expresión de manera visible. Solo al final, cuando el silencio del despacho se instaló entre los dos con el peso de todo lo que se acababa de decir, se puso de pie y fue hacia la ventana y miró el jardín en la oscuridad durante un momento largo.

Luego se volvió.

—¿Puede probar lo del veneno? —preguntó, con una voz completamente firme.

—El frasco —dijo Donatella—. Sé que lo tiene. Si lo buscan, lo encontrarán.

Alessandro asintió despacio.

—Necesito que me ayude —dijo—. A armar algo. Para que cuando salga la verdad salga de una manera que no pueda negarse.

—Para eso vine —dijo Donatella.

Lo que siguió fue una noche de planificación silenciosa entre dos personas que se habían entendido con suficiente rapidez como para no necesitar explicarse más de lo necesario. Alessandro eligió a tres criados de confianza y les dio instrucciones precisas. Donatella aportó los detalles que solo ella conocía. Y cuando el plan estuvo listo, los dos se separaron hacia sus respectivos aposentos con la quietud de quien ha tomado una decisión que no tiene vuelta atrás.

A la mañana siguiente, cuando los criados del Palazzo se reunieron en la biblioteca a la hora convenida con Alessandro al frente, la marquesa llegó también con la compostura de siempre. No esperaba ver a Donatella de

pie junto a la chimenea, completamente viva y con esa expresión suya de siempre.

Alessandro esperó a que todos estuvieran presentes antes de hablar.

—Anoche —dijo— alguien en este Palazzo intentó envenenar a Donatella con tintura de acónito. Donatella sobrevivió. Y esta mañana he dado orden de buscar en todo el Palazzo el origen de ese veneno, porque quien lo usó anoche no pudo deshacerse de él en tan poco tiempo.

La marquesa escuchó eso con la misma compostura de siempre. Solo sus manos, que Donatella observaba desde el otro lado de la sala, apretaron levemente la una contra la otra en un gesto que duró menos de un segundo.

La doncella que Donatella había instruido para seguir a la marquesa salió de la sala detrás de ella cuando la marquesa, con la naturalidad de quien no tiene nada que ocultar, se excusó para subir a sus aposentos. Y el lacayo apostado bajo las ventanas del ala de los aposentos privados vio lo que Donatella había calculado que vería: algo que caía desde la ventana más alta hacia el jardín, algo pequeño y de cristal que el matorral amortiguó sin romper.

Lo recogió. Lo llevó a la biblioteca. Lo puso sobre el escritorio de Alessandro frente a todos los presentes.

Era un frasco de cristal grueso de color azulado.

Alessandro lo miró un momento. Luego miró a su esposa, que había regresado a la biblioteca con la compostura intacta y que al ver el frasco sobre el escritorio tuvo en el rostro, por primera vez desde que Donatella la conocía en el Palazzo, una expresión que no había sido calculada.

—¿Por qué? —dijo Alessandro, con una voz que era baja y que por eso pesaba más que si hubiera sido alta.

La marquesa no respondió de inmediato. Miró el frasco. Miró a Donatella. Miró a Alessandro. Y en esa secuencia de miradas había algo que era, si uno sabía leerlo, una especie de despedida.

Entonces Donatella habló.

—La Nobile Aurelia Trivulzio, Marquesa de Belgioioso —dijo, dirigiéndose a todos los presentes—, no es quien dice ser. Su nombre verdadero es Isadora Trivulzio. Y lo puedo probar.

Se acercó a la marquesa y le tomó el brazo izquierdo con una firmeza que no admitía resistencia, y lo levantó de manera que el interior del codo quedara visible para todos los que estaban en la sala.

La cicatriz era pequeña. Dos centímetros, lineal, casi borrada por el tiempo.

Pero estaba ahí.

El silencio que siguió en la biblioteca del Palazzo Belgioioso fue el más pesado y el más completo que aquellas paredes habían sostenido en

muchos años. Alessandro miraba el brazo de su esposa con una expresión que Donatella no intentó interpretar porque había expresiones que merecen el respeto de no ser interpretadas. Los criados miraban al suelo o a los lados con esa incomodidad de quien ha presenciado algo que no pidió presenciar y que no sabe todavía qué significa para él.

Y la mujer a quien todos en esa sala habían llamado Aurelia durante más de dos años miraba también la cicatriz en su propio brazo, con esa mirada suya que iba al asunto, como si fuera la primera vez que la veía, aunque no lo era.

—Todos están equivocados —dijo finalmente, con una voz que era firme pero que tenía en ella algo que no había tenido antes: el peso de lo que ya no puede sostenerse—. Todo esto es un complot para hacerme confesar algo que no hice.

Y antes de que nadie pudiera responder, salió de la biblioteca con esa manera suya de moverse que no pedía permiso, y sus pasos sonaron en el corredor con la regularidad de siempre, subiendo hacia los aposentos privados del ala alta del Palazzo.

Alessandro la miró salir sin moverse. Luego se volvió hacia Donatella.

—Llame a los Carabinieri —dijo, con la misma voz de siempre, completamente firme, completamente decidida.

Donatella asintió y salió a dar la orden.

CAPÍTULO 15

Lo que cae no vuelve

Palazzo Belgioioso, Milán, invierno de 1836

Isadora subió la escalera del Palazzo con el paso de siempre.

Era lo único que le quedaba en ese momento: el paso de siempre. La compostura de siempre. Esa manera suya de moverse por el mundo que había aprendido desde niña y que había convertido en la armadura más eficaz que conocía, porque una armadura que parece piel propia no se ve como armadura y por eso protege mejor que cualquier otra.

Había subido esa escalera cientos de veces en los dos años que llevaba en el Palazzo, y la había subido siempre así, con esa seguridad que no pedía permiso, y no iba a cambiar eso ahora aunque todo lo demás estuviera cambiando de una manera que no admitía reversión.

Desde el mezanine alto del Palazzo llegaba el eco de lo que ocurría abajo con suficiente claridad para entenderlo: la voz de Alessandro dando instrucciones, el movimiento de los criados, y luego las palabras que Donatella pronunció para Alessandro y que Isadora escuchó desde el corredor de arriba con la misma claridad con que habría escuchado su propio nombre pronunciado en un tribunal.

—Llame a los Carabinieri Reali.

Isadora se detuvo en el corredor.

Los Carabinieri. La palabra tenía un peso específico que no necesitaba traducción: era el peso de lo irreversible, de lo que pasa de ser un asunto privado a ser un asunto del Estado, de lo que deja de poder manejarse dentro de las paredes de un Palazzo y sale al mundo con todas las consecuencias que el mundo tiene para ese tipo de cosas.

Y las consecuencias para ese tipo de cosas, en el Milán de 1836 bajo la administración del Imperio austriaco, no admitían ambigüedades: había un padre muerto, había una hermana muerta, había un intento de envenenamiento con testigo sobreviviente y prueba material. No habría manera de explicarlo todo que no terminara en el mismo lugar.

Entró en sus aposentos. Cerró la puerta.

La habitación era la misma de siempre: los muebles que ella había elegido cuando llegó al Palazzo como nueva marquesa, las cortinas de terciopelo azul oscuro que hacían juego con el vestido que había llevado la noche de la primera velada del Marchese, el espejo de marco dorado frente al que se había mirado cientos de veces mientras se preparaba para ser lo que el mundo necesitaba que fuera. La cama donde dormía Alessandro.

El tocador donde había guardado el frasco de cristal azulado hasta la noche anterior. La ventana que daba al jardín y al bosque que estaba más allá del jardín, con las rocas que la luz del invierno hacía visibles desde arriba.

Isadora dio dos vueltas en la habitación.

No era indecisión lo que la movía en círculo sino algo más parecido al inventario: el repaso rápido e involuntario de lo que hay en un espacio cuando uno sabe que va a salir de él por última vez. Los objetos que había elegido. Los objetos que habían estado ahí antes de que ella llegara. El espejo.

Se detuvo frente al espejo.

Lo que le devolvió el cristal fue el rostro de una mujer de veintiún años con el cabello castaño ligeramente desordenado por la mañana agitada, los ojos verdes que miraban con esa profundidad que en cierta luz evocaba algo difícil de precisar, y en el brazo izquierdo, apenas visible en el pliegue del codo, dos centímetros de cicatriz lineal que habían decidido todo.

La miró durante un momento. Ese momento no fue largo. Isadora no era de los que se regodean en los finales porque los finales, como los principios, son solo el punto en que algo se detiene para que otra cosa pueda empezar, y en el caso de Isadora la cosa que seguía después ya no le pertenecía a ella sino a las consecuencias de sus propias acciones, y eso era lo único que en su vida no había sabido controlar.

Fue hacia la ventana.

Desde arriba, el jardín del Palazzo Belgioioso tenía esa perspectiva particular que solo se ve desde los pisos altos: los canteros geométricos reducidos a patrones abstractos, los árboles del invierno con sus ramas sin hojas dibujando líneas negras contra el cielo gris de Milán, y más allá del muro del jardín el bosque que Alessandro había conservado tal como estaba cuando heredó el Palazzo porque decía que los bosques, como los buenos libros, necesitan tiempo para revelar lo que tienen. Las rocas estaban en la orilla del bosque, justo donde terminaban los árboles y empezaba el muro, grises y sólidas y completamente indiferentes a lo que ocurría encima de ellas.

Isadora abrió la ventana.

El aire de diciembre entró de golpe con esa temperatura que no pide permiso y que en ese momento fue lo más real que había sentido en mucho tiempo: el frío en la cara, el olor a tierra helada y a piedra húmeda y a algo indefinible que era el olor del invierno lombardo cuando uno lo recibe de frente sin la mediación del cristal.

Abajo, en el interior del Palazzo, empezaban a oírse pasos en la escalera. Más de uno. Con la urgencia que tienen los pasos cuando van a buscar algo.

Isadora no miró hacia abajo. Miró hacia el horizonte, donde los tejados de Milán se extendían bajo el cielo de diciembre con esa indiferencia antigua de las ciudades que han visto demasiado como para asombrarse de nada. Milán que la había visto nacer. Milán que la había visto crecer. Milán que había creído durante dos años que ella era otra persona, y que ahora, en el tiempo que tardara en correr la noticia por sus calles y sus salones y sus cafés, iba a saber finalmente quién había sido.

No era miedo lo que sentía. Era algo más difícil de nombrar, del tipo que solo tiene las personas que han llegado al final de algo que construyeron con sus propias manos y que reconocen, en ese último momento de claridad, que lo construyeron exactamente como lo habrían construido si hubieran podido elegir de nuevo, aunque el resultado fuera este.

Los pasos en la escalera eran ya muy cercanos.

Isadora salió por la ventana.

Lo que cayó sobre las rocas del borde del bosque cayó con la velocidad y el silencio que tienen las cosas cuando ocurren demasiado rápido para que nadie que no estuviera mirando directamente pudiera describirlas después. El lacayo que Alessandro había apostado en el jardín lo vio. Y Giacomo Ratti, que había subido la escalera con dos criados más a la orden de Alessandro, lo escuchó desde el corredor en el momento en que abría la puerta de los aposentos privados y encontraba la ventana abierta y el frío de diciembre llenando la habitación con esa claridad implacable del invierno cuando ya no tiene nada que ocultar.

Alessandro llegó al jardín antes que nadie. Se detuvo a la distancia que correspondía y no se acercó más, no por cobardía sino porque había cosas que uno no necesita ver de cerca para entender, y que ver de cerca no cambia y solo añade peso a lo que ya pesa suficiente. Se quedó ahí, de pie en el jardín con el frío de diciembre y el cielo gris de Milán encima, durante el tiempo que necesitó para que lo que había ocurrido terminara de ser real de la manera en que son reales las cosas que no tienen vuelta atrás.

Donatella llegó poco después y se quedó junto a él sin decir nada, que era también lo que correspondía.

—¿Cómo está usted? —preguntó finalmente, con esa voz suya de siempre.

Alessandro tardó un momento en responder.

—No lo sé todavía —dijo, con una honestidad que era la única que le quedaba en ese momento—. Pregúnteme mañana.

—Mañana le pregunto —dijo Donatella.

Y los dos se quedaron en el jardín un rato más, con el frío y el silencio y la distancia que habían puesto entre ellos y las rocas del borde del bosque, mientras adentro del Palazzo los criados hacían lo que había que hacer y afuera Milán seguía con sus asuntos con esa indiferencia de las ciudades grandes que no se detienen por nada y que en el fondo tienen razón en no detenerse, porque el mundo no puede esperar a que los hombres terminen de entender lo que les ha ocurrido antes de seguir adelante.

Los Carabinieri Reali llegaron una hora después. Tomaron nota de los hechos con la minuciosidad que su oficio requería, formularon las preguntas que había que formular, y se llevaron el frasco de cristal azulado como prueba de algo que ya no necesitaba ser probado ante nadie que hubiera estado presente esa mañana en la biblioteca.

El expediente que se abrió esa tarde en los registros de la administración austriaca en Milán consignaba los hechos con la sobriedad burocrática que esa administración había perfeccionado durante décadas: una mujer identificada como Isadora Trivulzio, que había vivido bajo el nombre de Aurelia Trivulzio en el Palazzo Belgioioso como esposa del Marchese Alessandro Belgioioso, había fallecido ese día de manera violenta.

Las investigaciones sobre los otros hechos relacionados, incluyendo las muertes de Don Carlo Trivulzio y de la que había sido identificada en su momento como Isadora Trivulzio, estaban abiertas y pendientes de resolución. El Marchese Alessandro Belgioioso había cooperado plenamente con las autoridades y no era objeto de ninguna sospecha.

Milán recibió la noticia con esa mezcla de horror genuino y fascinación apenas disimulada que las ciudades reservan para los escándalos que superan la capacidad de la imaginación ordinaria. Los salones de los Palazzo y los cafés del Corso no hablaron de otra cosa durante semanas,

y las versiones que circularon variaron entre lo que efectivamente había ocurrido y lo que la imaginación de los relatores añadía sin que nadie pudiera ya distinguir con precisión dónde terminaba lo uno y empezaba lo otro.

El Marchese Alessandro Belgioioso no participó en ninguna de esas conversaciones. Se retiró del mundo social durante varios meses, atendido por Donatella y por los criados del Palazzo con esa discreción que era en ellos una forma de respeto, y cuando volvió a aparecer en los salones de Milán lo hizo con la misma sobriedad de siempre, sin dramatismo y sin explicaciones, como un hombre que ha atravesado algo que no puede contarse en los términos que los salones utilizan para contar las cosas y que ha decidido que no va a intentarlo.

Donatella se quedó en el Palazzo hasta el fin de sus días, que no fueron muchos más. Murió la primavera siguiente, en la habitación del ala sur, con la tranquilidad de quien ha hecho lo que había que hacer y que descansa con esa conciencia. Alessandro la enterró con los honores que ella nunca habría pedido y que él consideró que correspondían de todas maneras.

Isadora Trivulzio fue sepultada sin ceremonia en una fosa del panteón de la ciudad, en una tumba que no llevaba flores porque nadie fue a llevárselas, y que el tiempo fue cubriendo con esa indiferencia que el tiempo tiene para las cosas que nadie reclama.

Milán la recordó durante un tiempo como el escándalo del Palazzo Belgioioso, luego la recordó como una historia que se contaba en los salones como advertencia o como entretenimiento dependiendo de quién la contara, y luego dejó de recordarla del todo, que era también lo que le correspondía a una historia que había terminado como había terminado.

El camafeo que Isadora había llevado al cuello durante los dos años de su matrimonio, el que tenía grabado en el reverso el nombre de Aurelia, quedó sobre la repisa del tocador de los aposentos privados del Palazzo después de que se llevaron todo lo demás. Alessandro lo encontró días después, cuando entró a esa habitación por primera vez desde los hechos, y lo sostuvo un momento en la palma sin mirarlo del todo.

Luego lo dejó donde estaba.

No lo recogió nadie en mucho tiempo. Y nadie, en ese tiempo, sintió la necesidad de darle la vuelta para leer el nombre que llevaba grabado en el reverso.

Ya no importaba.

EPÍLOGO

Milán, un año después

Palazzo Belgioioso y panteón de la ciudad, invierno de 1837

En el panteón del sector sur de la ciudad había una tumba sin nombre. No tenía lápida con letras grabadas ni flores que alguien hubiera llevado, solo el número de registro que la administración asignaba a los entierros sin ceremonia y la nieve de diciembre que la cubría con la misma indiferencia con que cubría las demás.

El sepulturero que pasaba los martes anotó en su registro que esa en particular nunca recibía visitas, y lo consignó sin más comentario porque no era su oficio juzgar a los muertos sino mantener el orden del lugar.

Milán, que había hablado del escándalo del Palazzo Belgioioso durante meses con esa mezcla de horror y fascinación que reserva para las historias que superan la imaginación ordinaria, había pasado a otras cosas con la naturalidad que tienen las ciudades para hacer eso.

Los salones, los cafés, los palcos de La Scala habían encontrado otros temas. El nombre de Isadora Trivulzio, cuando aparecía, lo hacía ya en ese tono de las cosas que se cuentan como advertencia o como entretenimiento según quién las cuente, y con el tiempo dejaría de aparecer del todo. El Marchese Alessandro Belgioioso había vuelto al mundo con la misma sobriedad de siempre. Esa noche recibía a doce personas en una cena que era deliberadamente pequeña y sin ceremonias, con la música de un cuarteto y la araña de cristal veneciano encendida sobre el comedor.

Sus invitados llegaron con afecto genuino y la incomodidad apenas disimulada de la primera vez después de algo así, y Alessandro los recibió de manera que en los primeros minutos quedara claro que lo que esperaba de esa noche era exactamente lo que parecía: una cena entre personas que se aprecian, sin más peso que ese.

Fue después de la cena, cuando los invitados conversaban en el salón, cuando Alessandro subió solo a los aposentos privados del ala alta. Entró a la habitación que había sido la de su esposa y que desde entonces nadie había ocupado.

Todo seguía en su sitio: los muebles, las cortinas de terciopelo azul oscuro, el espejo de marco dorado. Y sobre la repisa del tocador, donde lo había dejado un año antes, el camafeo de marfil con la imagen de la Virgen grabada en el frente.

Lo tomó. Lo sostuvo en la palma un momento sin darle la vuelta. Luego lo guardó en el bolsillo de su chaqueta y bajó al salón, donde sus invitados lo esperaban con la conversación y la luz de los candelabros y todo lo que la vida ordinaria tiene para ofrecer a quien está dispuesto a recibirlo.

El camafeo viajó así de regreso al mundo de los vivos, en el bolsillo de Alessandro Belgioioso, contra el calor de su cuerpo. En el reverso llevaba grabado un nombre que nadie en Milán volvería a pronunciar en voz alta, al menos no de la misma manera, al menos no por mucho tiempo.

Afuera, la nieve seguía cayendo sobre los tejados de la ciudad con esa mansedumbre del invierno lombardo que no pide permiso para instalarse y que no se disculpa por quedarse más de lo previsto.

—FIN